EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

¡VIVAN LAS CAENAS!...

ZARZUELA

EN TRES ACTOS, DIVIDIDA EN OCHO CUADROS,

ORIGINAL DE

ENRIQUE PEREZ ESCRICH,

MÚSICA DEL MAESTRO

DON JOSÉ ROGEL.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1879.

AUMENTO Á LA ADICION DE 13 DE ABRIL DE 18

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Pro corr
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Bodas trágicas........................	1	D. José Echegaray.....	To
Como se empieza......................	1	Miguel Echegaray...	
Contra soberbia humildad............	1	José del Castillo.....	
El afan de bullir....................	1	Mariano Chacel.....	
El amor y la sotana..................	1	J. y Tomás de Asensi	
El arte de ser feliz.................	1	José Hernandez.....	
El nudo corredizo....................	1	Enrique G Bedmar.	
El sargento y el patan...............	1	Cárlos Calvacho.....	
El secreto del tio...................	1	Manuel Ossorio.....	
El tio Anguilla......................	1	Antonio Rodriguez..	
Enmendar la plana á Dios...	1	E. Zamora y Caball.º	
En la portería.......................	1	E. y A. de la Guardia y L. Arnedo.....	
Entre dos Manzanos...................	1	Mariano Chacel.....	
Jugar con la misma carta...	1	Tomás de Asensi....	
Ganar perdiendo......................	1	E. Jackson Cortés...	
La bruja Celestina...................	1	Cárlos Calvacho.....	
La locura de amor..	1	E. Z. y Caballero...	
La más preciada riqueza..............	1	Franc. Flores García.	
La perra de mi mujer.................	1	J. Jackson Veyan...	
La riqueza del trabajo...............	1	J. Jackson Veyan...	
La vecina de enfrente................	1	J. G. de Lamadrid..	
Leonor...............................	1	N. Diaz Escobar.....	
Las dos bellezas.....................	1	Leopoldo Parejo....	
Los sustos...........................	1	Antonio Rodriguez..	
Llevar la corriente..................	1	F. Flores García.....	
Peor que mi suegra...................	1	Eduardo Navarro....	
Perdido por mil......................	1	Navarro Gonzalvo...	
Por un pensamiento...................	1	N. Diaz Escobar....	
Quedarse zapatero....................	1	Ednardo Guillen.....	
Quiebras del oficio..................	1	P. M. Barrera......	
¿Quién sobra?...........	1	N. Diaz Escobar....	
Rendirse á discrecion................	1	Eduardo Palacio....	
¡Seis reales con principio!..........	1	J. Jackson Veyan....	
Soy yo...............................	1	Salvador M.ª Granés.	
Una chica alemana....................	1	E. de S. Fuentes....	
Una palabra empeñada..	1	M. Baquero........	
Un defecto...........................	1	Franc. Flores García.	
Un episodio morisco..................	1	N. Diaz Escobar....	
Vaya un viaje........................	1	Pascual y Cuellar....	
¡Al santo, al santo!..	2	M. Echegaray......	
Bueno como el pan....................	2	E. C. Navarro......	

¡VIVAN LAS CAENAS!...

¡VIVAN LAS CAENAS!...

ZARZUELA SATIRICA DE COSTUMBRES POLITICAS

EN TRES ACTOS, DIVIDIDA EN OCHO CUADROS,

ORIGINAL DE

ENRIQUE PEREZ ESCRICH,

MÚSICA DEL MAESTRO

DON JOSÉ ROGEL.

Representada por primera vez en el TEATRO DE LA ZARZUELA la noche del 7 de Febrero de 1879.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	SRTA. SOLER DI-FRANCO.
MICAELA	SRA. BAEZA.
NICANORA	SRA. GALLARDO DE PLÓ.
SEÑORA 1.ª	SRTA. ROMERO.
MANOLA 1.ª	SRTA. GONZALEZ.
DON DIEGO DE LARA	SRES. FERRER.
DON ANDRÉS	TORMO.
DON SERVILIANO	SALA JULIEN.
FRAY BARTOLO	BANQUELLS.
DON RUFO	ARCOS.
ALCALDE	ARTABÉITIA.
MAURO	MORA.
POSADERO	SAPERA.

Militares españoles y franceses, frailes, manolas y manolos, damas y caballeros, voluntarios realistas, contrabandistas, gitanos, ronda de Chaperon, marineros y gente del pueblo.

La accion se supone; el primer acto en las inmediaciones de Madrid: el segundo en Madrid, y el tercero en las playas de Andalucía.—Año 1823.

NOTA. El Sr. Banquells, primer bajo de la Compañía de la Zarzuela, al encargarse del corto papel de Fray Bartolo, ha dado una muestra de deferencia y cariño á los autores de ¡VIVAN LAS CAENAS! Justo es que consignen en estas líneas su agradecimiento, dándole las gracias en letras de molde despues de habérselas dado de palabra.

ESCRICH.—ROGEL.

ACLARACION.

La zarzuela *¡Vivan las Caenas!* ha tenido mal éxito. El autor del libro ha padecido una gran equivocacion y se complace en consignarlo en estas páginas. Si la obra que nos ocupa perteneciera *al género corriente;* es decir, si su argumento se basara en una intriga amorosa más ó ménos interesante, con el fallo del público de la primera noche se hubiera dicho la última palabra, bajando al frio panteon del olvido una produccion teatral que no entretiene ó no agrada al auditorio. Esto sucede con frecuencia, y desde el primero al último de los autores dramáticos han tenido que lamentar la indiferencia y á veces la indignacion del público.

Pero *¡Vivan las Caenas!* es una sátira escrita con el objeto de retratar las malas costumbres políticas de la odiosa reaccion del año 1823, reaccion que nos hizo retroceder, á los ojos de Europa, trescientos años en el camino de el progreso y la civilizacion.

El asunto era espinoso; *tenía muchas quiebras;* y se afirmaba de antemano, por todas aquellas personas que conocían la obra, que el estreno de *¡Vivan las Caenas!* sería tempestuoso.

Un amigo del autor en cuya casa se reunen todas las noches muchos hombres políticos, demostró deseos de oir

una lectura de *¡Vivan las Caenas!* y efectivamente, se leyó la obra ante una concurrencia tan numerosa como ilustrada, y el éxito fué completo.

Lo que allí se dijo en favor de la obra no debemos consignarlo aquí; fué tanto y tan agradable para el autor, que podría tenerse por un acto de inmodestia.

Llegó la noche del estreno: el teatro de la Zarzuela se llenó de bote en bote. La atmósfera era pesada: se afirmaba de antemano que había gente dispuesta á silbar con coraje, y gente decidida aplaudir con valor. Los espectadores se miraban diciéndose para su *capote*, ¿cómo pensará éste que tengo al lado?... La gravedad del público era abrumadora. Se levantó la cortina, y la primera decoracion que, segun el autor, era un programa claro de la idea democrática de la obra, pasó desapercibida ó no quisieron *apercibirse*, que para el caso es igual.

Durante los dos cuadros que constituyen el acto primero, siempre que una parte del público demostraba su aprobacion, la otra parte mandaba callar. Cuando llegó la escena de las manolas, se repitió una pieza de música, y la explosion de risas y aplausos fué general, pero no tardó en establecerse la gravedad.

Desde esta escena al final del acto, median pocos minutos. El árbol del progreso, cargado con el fruto del porvenir, se desgaja cayendo una rama llena de niños sobre Don Serviliano que representa el absolutismo. Se oye un grito general de asombro; pregunta el Alcalde qué sucede, y el maestro de escuela le contesta:

«Nada, la cuestion eterna,
es que le ha roto el bautismo
esta sociedad moderna
al antiguo absolutismo.»

El telon cayó en el más profundo silencio. ¿Quién es-

peraba de todos cuantos conocían la obra aquel silencio? Nodie. Se esperaba una silba ruidosa, tal vez una atronadora explosion de aplausos, pero el silencio; nunca. El público había resuelto el difícil problema del extreno de un modo inesperado. ¿No se había explicado el autor? ¿No le entendían?... ¿No querían entenderle?... quién sabe... tal vez de todo había en *la viña del Señor*, porque hay épocas en que no es *moda ser liberal*, y la oportunidad es siempre prima hermana del Dios éxito. Ademas, no debe perderse de vista que la obra se estaba representando por la primera vez la noche del siete de Febrero del presente año; y cn aquella noche era muy desapacible la temperatura de Madrid.

Durante el segundo acto, la tirantez de una parte del público aumentó, y no faltaron *cariñosos amigos* que habían celebrado el pensamiento del autor, que dieran golpecitos con las conteras de sus bastones como diciendo: —¿cuándo comenzamos la silba?—pero afortunadamente, otros les hicieron callar y el acto concluyó en el mayor silencio.

Durante el tercero, arreciaron los vientos, las muestras de desaprobacion se acentuaron un poco más. El huracan parecía dispuesto á arrollarlo todo; no se oyó ó no se quiso oir todo lo que de avanzado en sentido liberal tenía la obra, hasta que se escuchó á lo lejos y por la parte del mar andaluz, el eco de un himno que ha sido muchas veces tabla de salvacion de los españoles, y que la noche que nos ocupa lo fué indudablemente de los autores de *¡Vivan las caenas!*

Al himno de Riego arrancó una ruidosa explosion de aplausos; algunos espectadores protextaron, pero tibia y vergonzosamente: la esperanza de una catástrofe se desvanecía. *¡Vivan las caenas!* se salvaba, pero la salvacion

no podía en modo alguno satisfacer á sus autores, que suplicaron á la empresa les permitiera retirarla de la escena. La empresa, que había hecho gastos y pintado tres decoraciones, se opuso alegando que el éxito no había sido desesperado para tomar tan extrema resolucion.

Al dia siguiente se esperaba que la prensa liberal comentara la obra; pero exceptuando *El Imparcial*, que hizo una ligera reseña (que le agradecemos con toda el alma) los demas periódicos, ó guardaron silencio ó dijeron sencillamente en dos líneas que la obra había tenido mal éxito.

Llegó la segunda representacion y... cosa extraña, el público se rió mucho, aplaudió más é hizo salir á los actores en todas las conclusiones de los actos, repitiendo con atronadores aplausos el himno de Riego.

Tercera representacion.—Domingo.—Más éxito que la segunda.

Cuarta representacion.—Lo mismo que la anterior. El público comprendía la sátira política y la celebraba, pero los periódicos continuaban en su mutismo y los autores, que no creían haber escrito una obra para que la prensa la mirara con indiferencia, convencidos de que se habían engañado, consiguieron que la empresa les permitiera retirar la obra, poniendo en los carteles con letras gruesas la siguiente nota:

ACCEDIENDO LA EMPRESA Á LOS DESEOS DE LOS AUTORES, SE SUSPENDEN POR AHORA LAS REPRESENTACIONES DE LA APLAUDIDA ZARZUELA ¡VIVAN LAS CAENAS!

Esta ha sido la historia de la Zarzuela que nos ocupa; en cuanto á los que han echado de ménos una fábula amorosa para dar animacion á los cuadros, les diremos que nada tan fácil como inventar un cuento entre-

tenido, cuando de la imaginacion se vive y se han escrito cuarenta obras dramáticas y cien novelas.

Pero eso no entraba en el plan que el autor se propuso al escribir *¡Vivan las caenas!* quiso que su obra fuese un fiel retrato de la odiosa reaccion que, segun los historiadores propios y extraños, fué una gran vergüenza para nuestra patria; deseaba demostrar sobre la escena el paso de gigante que ha dado España desde aquella época no muy lejana, en que los sicarios del absolutismo descuartizaban al maestro de escuela Ripoll, porque leía á Voltaire; mandaban á galeras á las señoras que llevaban manteletas verdes y á presidio á los hombres que tenían en su casa un retrato de Riego; se hacía comer pedazos de la piedra de la Constitucion á los partidarios del progreso, y se colgaban de los piés de los liberales ahorcados, tomando á chacota la agonía de los mártires.

Si la obra que nos ocupa la hubiera escrito uno de esos políticos que bullen y se agitan á la sombra de una bandera explotando el triunfo de sus ideas, tal vez el éxito hubiera sido ruidoso. En cada frase se hubiera encontrado un epígrama punzante. Se hubiera comentado el pensamiento cardinal; se hubiera debatido en todos los tonos, pero el autor de *¡Vivan las caenas!* no ha comido nunca del presupuesto; es un profano en el codiciado banquete de la nómina, y ha sido en verdad un atrevimiento el llevar la política al teatro, porque segun una frase de un amigo nuestro, *la política en España es exclusivo patrimonio de los políticos.*

No importa; confesemos con la franqueza de la honradez, que nos hemos equivocado al creer que escribíamos una obra para el año 1879, y guardemos en el santuario de nuestra alma la idea fecundadora del progreso y la democracia, pues no debe perderse la fé por un con-

tratiempo tan frecuente en la azarosa vida de los autores dramáticos.

Terminamos estas páginas, dando las gracias de todo corazon á las actrices y actores que han tomado parte en el desempeño de *¡Vivan las caenas!* por el interés con que han desempeñado sus papeles, y al cariño que han demostrado á sus autores, porque la bondad de los amigos se prueba mucho mejor en una hora de infortunio que en un siglo de prosperidades y bienandanzas.

Madrid 14 de Febrero de 1879.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

Salon de la Casa Consistorial en un pueblo de las cercanías de Madrid. Al fondo tres arcos, á través de los cuales se ve una galería de madera que da á la plaza y horizonte de casas y cielo. El arco del centro se halla cubierto por un dosel de gusto churrigueresco donde campea el retrato del rey Fernando VII de cuerpo entero. Sobre el retrato una lápida con la siguiente inscripcion:

CASACON-
SISTORIAL.

Las paredes se hallan adornadas con guirnaldas y grandes coronas de flores. En el centro de las coronas se ven escritas en toscos y gruesos caractéres estas expansiones populares: VIVA EL REY ASOLUTAMENTE–SOLUTO MUERAN LOS NEGROS DE LA NEGRERIA, VIVAN LAS CAENAS.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece en escena el ALCALDE, los REGIDORES, las SEÑORAS de éstos, que llevan en la mano coronas y ramos. D. AN-

DRÉS de frac negro y calzon corto, con un papel de música en la mano, CORO DE MUCHACHOS, GENTE DEL PUEBLO, DOS ALGUACILES y UN SACRISTAN. Mientras el Alcalde dice los primeros versos, se oirá un preludio muy piano en la orquesta. Se deja la colocacion de este cuadro á cargo de los directores de escena.

MUSICA.

ALCALDE. ¡Señores!... nuestro monarca,
nuestro muy amado rey,
con su querida familia,
que Dios nos conserve...

TODOS. ¡Amen!

ALCALDE. Libre al fin del hominoso
cautiverio... como el pez
en el agua... de laureles
cubierta su augusta sien,
vuelve á Madrid, y muy pronto
en el pueblo le tendreis.
¡Y quiero!... que todo el mundo,
con entusiasmo y con fe,
le aplauda, le victoree.
Pues el que á la nochecer
no esté ronco de gritar,
¡va á la cárcel por un mes!

ANDRES. (Para sufrir á este Alcalde,
¡qué paciencia es menester!)

ALCALDE. Sacristan, sube á la torre;
abre el ojo y mira bien,
y al asomar la carroza
da un grito de viva el rey.
Echa al vuelo las campanas
con realista intrepidez;
y todo el mundo al camino,
¡hasta los enfermos!

TODOS. (Inclinándose.) ¡Bien!

ALCALDE. Puede usté empezar el himno,
mi apreciable don Andrés.

ANDRES. ¡Viva el señor Alcalde! (D. Andrés se adelanta tres pasos, saluda respetuosamente; sus discípulos le imitan.)

TODOS. ¡Viva!!

ANDRES. ¡Viva la esposa del señor Alcalde!

TODOS. ¡Viva!!

ANDRES. ¡Vivan las hermanas de la esposa del señor Alcalde!

TODOS. ¡Vivan!! (Comienza el fuerte de la música.)

ANDRES.
Abrid bien los oidos
discípulos queridos,
á los consejos sabios
de vuestro preceptor.

CORO DE MUCHACHOS. ¡Si señor! Si señor!

ANDRES.
La música es el arte
sublime de los dioses,
no deis un par de coces,
hacedme ese favor.

MUCHACHOS.
¡No señor, no señor!

ANDRES.
El himno que yo he escrito,
y á cuyo ensayo os cito,
á mi apellido humilde
dará fama inmortal.

TODOS.
Sí tal, sí tal.

ANDRES.
Pensad que han de escucharos
los pueblos convecinos,
que no os llamen pollinos
y os manden al corral.

TODOS.
¡No tal! ¡no tal!
¡Qué bien enseña!
¡Cuánto saber!
¡Esto es un sabio!
Sí que lo es.

ANDRES.
Oido, muchachos,
vamos á ver. (Empieza el himno.)

MUCHACHOS.
Ya vuelve hácia Castilla
nuestro monarca amado,
su diestra mano empuña
la espada de la ley.

de negros la cuadrilla
que el trágala ha cantado,
perecerá en la horca
gritando ¡viva el Rey!

TODOS. Viva!! (Agitando los sombreros repiten el viva.)

MUCHACHOS. Los pillos liberales,
judíos y masones,
huyen á tierra extraña
acobardada grey,
mientras que los leales
y nobles corazones
con gozo aquí en España
gritamos ¡viva el Rey!

(Todos repiten con gran algazara el grito de viva el Rey tirando los sombreros por el aire, rodean á D. Andrés y le felicitan.)

HABLADO.

ALC. Muy bien, señor don Andrés. Estoy contento del himno y me doy la enhorabuena, porque siendo yo la primera autoridad del pueblo...

ANDRES. ¡Viva nuestra primera autoridad!

TODOS. ¡Viva!!

ALC. No, hombre, no. Hoy sólo debemos victorear á su Majestad. ¡Viva el Rey solutamente soluto!

TODOS. ¡Viva!!

ALC. ¿No es verdad que el ayuntamiento de Utrera se ha cubierto de gloria al inventar el grito de *solutamente soluto*?

ANDRES. Sin embargo, ese grito no es otra cosa que un adverbio y un adjetivo que se están dando de bofetadas.

ALC. Lo mismo que los buenos realistas y los pillos negros de la negrería.

ANDRES. Sí señor, sí. (Qué bruto es este Alcalde!) ¿Y qué les ha parecido á estos señoras mi himno?

SEÑORAS. ¡Muy bien, señor don Andrés, muy bien!

SEÑ. 1.ª Diga usted, don Andrés, ese himno que acaban de cantar los muchachos, ¿es el mismo que compuso usted el año veinte para celebrar la entrada de Riego en el pueblo?

ANDRES. ¡Cá! No señora! (¡Esta mujer tiene un oido funesto!)

SEÑ. 1.ª Se le parece mucho.

ANDRES. Los himnos se parecen todos cuando el maestro que los compone es fecundo; porque con algunas variantes, lo que se escribe para aclamar á la libertad, sirve luégo para gritar ¡vivan las cadenas!

SEÑS. ¡Bien! Muy bien! (Saludándole.)

ANDRES. ¡Oh! Dichosos los genios, cuyo númen dócil y flexible se halla siempre dispuesto á volar en alas de los cuatro vientos cardinales. Créanme ustedes, señores, sin la música y el vino, el mundo sería un entierro.

ALC. Señor don Andrés, usted es un sabio, y no digo más. (Dándole la mano.)

ANDRES. Gracias, señor don Roque.

ALC. Vaya, hijos mios, todo el mundo á la carretera, y cuando el sacristan eche las campanas á vuelo, preparad las coronas, llenad de aire vuestros pulmones, para que suene robusta la voz del entusiasmo al victorear á nuestros queridos señores.

ANDRES. (El entusiasmo oficial de este pueblo será digno de la estupidez de este Alcalde.)

ALC. Ah! Os prevengo que esta noche unos cómicos echan funcion en la cuadra del tio Sudamiel. El que quiera asistir, que lleve doce cuartos y una silla. Está prohibido subirse á los pesebres, porque se reservan para los indivíduos de ayuntamiento.

ANDRES. (¡Cuando digo que es muy bruto este Alcalde!!)

ALC. Conque vamos, hijos mios. Dejemos solo á don Andrés para que estudie á sus anchas el discurso, que en nombre de la autoridad de esta villa ha de dirigir á los reyes. (Todos siguen al Alcalde, desapareciendo por el arco de la derecha del foro.)

ESCENA II.

D. ANDRÉS, solo.

ANDRES. ¿Si algunos ricos no fuesen ricos, qué serían?... Nuestro alcalde tiene doce pares de mulas, seis yuntas de bueyes y una yegua rabona para pasearse. Por todas partes la adulacion le sale al encuentro. ¡Vaya usté con Dios, señor don Roque! ¿Cómo está la señora?... ¿Y las cuñaditas?... ¿Y los niños?... ¡Que usted siga bien, señor don Roque!... Y don Roque no tiene otro atadero que el pescuezo. ¡Oh garbanzos! Vosotros sois los verdugos de los españoles. El hombre lo hace todo por depositaros en su estómago. Yo soy organista, secretario del ayuntamiento y maestro de escuela: tres honrosas profesiones que me producen nueve reales diarios, y sesenta y dos disgustos por semana. Leo á Ciceron lo mismo que á Cervantes; rindo culto á la ritmopea, á la prosodia, y la sintaxis; conozco al dedillo á los sabios de Grecia; y sin embargo, vivo aplanado bajo el peso despótico de la ignorancia. Dicen que un ángel llena todas las mañanas una bocina con polvos de oro; se asoma por un ventanillo del cielo, y ¡puf! puf!... empieza á derramar polvos sobre algunos mortales. Yo nunca he disfrutado de esos polvos. Pero, en fin, ensayemos el discurso, que es lo que importa, y dejemos á los españoles que hoy griten, ¡Viva Riego! y mañana, ¡Vivan las caenas! (*Saca un papel y declama con afectacion.*) Señor: el ayuntamiento de esta villa, los vecinos, hombres y mujeres, niños y ancianos... (*D. Diego, disfrazado con el hábito de los misioneros filipinos, entra por la puerta de la izquierda; mira con recelo en derredor suyo, baja al proscenio, se acerca á Andrés, le coge la mano que tiene levantada, diciéndole al oido en voz baja.*)

DIEGO. (¡Viva la Constitucion!)

ANDRES. Favor al rey!... (*Andrés retrocede aterrado.*)

ESCENA III.

DICHO, D. DIEGO.

MÚSICA.

DIEGO. Yo soy un proscripto,
me quieren ahorcar,
de tí necesito,
te vengo á buscar.
Silencio! Silencio! Silencio por Dios!...
que van los esbirros
siguiéndome en pos.
(Recorre la escena mirando con recelo.)

ANDRES. ¡Ay, Vírgen bendita!
Le quieren ahorcar!...
De mí necesita,
me viene á buscar!
¡Callemos! ¡Callemos! Callemos por Dios!...
Pues van los esbirros
siguiéndole en pos.

DIEGO. Me hallo en un trance desesperado,
sólo á tí fío mi salvacion,
sé que eres bueno, que eres honrado,
que eres un hombre de corazon.

ANDRES. Padre, quisiera que me explicara
por qué en mí fía su salvacion;
si no es pecado verle la cara,
alce un poquito su capuchon.

DIEGO. ¡Mira! (Se quita la capucha.)

ANDRES. Don Diego de Lara!
¡Vírgen de la O!

LOS DOS. ¡Silencio! Silencio! Silencio por Dios!
que van los esbirros
siguiéndome... } en pos.
siguiéndole... } en pos.

HABLADO.

ANDRES. ¡Ay!... Señor don Diego de mi alma!

DIEGO. ¡Silencio, desgraciado! ¿Quieres que me cuelguen como á Riego?

ANDRES. ¡Dios me libre de semejante barbaridad! ¡Pero ¿qué hace usted en este pueblo? ¡Usted, un diputado constitucional, que ha tenido el atrevimiento de botar la incapacidad del Rey! ¡Usted! liberalote y mason de los de primera fila! Usted, que el año veinte hablaba como Danton en el café de Lorencine, como Marat en la Cruz de Malta, y como Robespierre en la Fontana de Oro!...

DIEGO. He venido á buscarte.

ANDRES. ¡Á mí! (Retrocediendo.)

DIEGO. No temas, un misionero, un piadoso varon, me ha dado este hábito, y algunos papeles que puedan acreditarme con el nombre de Fray Daniel.

ANDRES. ¿Entónces, señor don Diego, no pierda usted el tiempo, pues sólo cuando sepa que se halla en el extranjero...

DIEGO. No debo abandonar á España sin mi hija.

ANDRES. ¿La señorita María?...

DIEGO. Al saber mi fuga de la cárcel, debida á la generosidad de un coronel francés, las turbas asaltaron mi casa, y mi hija, mi querida María, ha desaparecido.

ANDRES. ¡Oh, españoles, españoles! Siempre lo mismo! Lo que hoy adoran lo pisatean mañana.

DIEGO. ¡Juro por la memoria de mis padres no abandonar á España hasta que encuentre á mi hija!

ANDRES. Pero ha reflexionado usted bien que si cae en poder de sus perseguidores será una de sus víctimas?

DIEGO. Ántes venderé cara mi vida. Estoy armado y resuelto á todo.

ANDRES. Pero señor, ¿cuándo se convencerán los españoles de que la política es una calamidad pública que sólo sirve para que engorden unos y enflaquezcan otros?

DIEGO. Puedo contar contigo?

ANDRES. Con el alma y la vida. Los hombres honrados son agra-

decidos, y yo no olvido nunca los beneficios que debo al padre de usted, que en paz descanse.

DIEGO. Entónces no perdamos el tiempo.

ANDRES. Estoy á sus órdenes.

DIEGO. Toma estos dos pliegos; uno es para el guardian del convento de San Francisco; el otro para el embajador francés. Parte á Madrid, entrégalos con la mayor reserva y ven luégo á reunirte conmigo en parador del Galgo: pregunta por fray Daniel, misionero filipino.

ANDRES. Sí, sí, pero... es el caso que en este momento no puedo salir del pueblo.

DIEGO. ¡Cómo! ¿Me abandonas.

ANDRES. Tengo que pronunciar un discurso y dirigir un himno.

DIEGO. Una hora de retraso puede costarme la vida.

ANDRES. ¡Diante! ¡Diantre!

DIEGO. Andrés, tú has sido siempre un hombre de bien.

ANDRES. Así lo dicen.

DIEGO. Tu puedes ser mi ángel bueno.

ANDRES. No deseo otra cosa.

DIEGO. Yo bien conozco que si te encuentran esos papeles que acabo de entregarte, te ahorcan.

ANDRES. ¡Caracoles!

DIEGO. Pero acuérdate que has sido mi maestro de latin; que María ha crecido sobre tus rodillas, y que sólo tú me inspiras confianza.

ANDRES. ¡Qué va á ser de nosotros! Yo que no me he casado por no tener hijos! (Suena á lo lejos una marcha de tambores, que va aproximándose hasta oirse fuertemente en la plaza. Andrés demuestra inquietud, D. Diego se asoma al balcon.) ¡Yo que no soy político por no comprometerme; yo...

DIEGO. Es una compañía de voluntarios realistas. ¿Vendrán tal vez en mi busca!

ANDRES. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (Santiguándose.)

DIEGO. Prudencia y serenidad. (Baja al proscenio.) No olvides que están en tus manos mi vida, la de mi hija y la tuya.

ANDRES. Pues señor, ya veo la horca... Porque de seguro me

conocen en el semblante que soy un conspirador. (Don Andrés saca el papel del discurso y se pone á leerlo haciendo gestos; se oyen grandes gritos de viva el Rey; aparecen por la puerta izquierda D. Serviliano y Rufo, el primero vestido con el uniforme de capitan de voluntario realista y el segundo con el traje de las personas bien acomodadas de el año 1800: ostentan en los sombreros cintas blancas con la inscripcisn de *Viva el Rey*. Le sigue una compañía de voluntarios realistas que llevan tambien en el morrion la cinta de *Viva el Rey*: Alcalde y gente del pueblo: los realistas marchan al son de la música, haciendo bruscos movimientos con la cabeza y mirando á derecha y izquierda; D. Diego se habrá ocultado en el pabellon del retrato.)

ESCENA IV.

D. ANDRÉS, D. SERVILIANO, D. RUFO, ALCALDE, VOLUNTARIOS REALISTAS, SEÑORAS y GENTE DEL PUEBLO.

MUSICA.

CORO DE REALISTAS. Nosotros somos realistas
amigos de Chaperon,
y al liberal que cogemos
no le vale ni la uncion.
Pitita bonita,
con el pio, pio, pon,
viva Fernando
y la religion.
Serení, serení, sandunguero,
serení, serení, murió Riego,
serení que yo soy servil;
viva Fernando, me muero por tí
(D. Serviliano pasea la escena dirigiendo en derredor suyo miradas feroces y dando golpes con el sable en el suelo. D. Rufo estará siempre á su lado imitando todo lo que hace Serviliano. El Alcalde les sigue haciéndoles saludos.)

SERVILIANO. Yo soy de estos valientes
el capitan,
voluntario realista
de calidad.
Y al primero que me hable
de libertad,
de un tajo le divido
por la mitad.
Quiero como el cangrejo
ir hácia atrás.
Quiero que nadie me hable
de libertad.
Quiero rey absoluto,
rey de verdad,
y cargar de cadenas
la humanidad.

CORO REALISTA. Pitita, etc.

SERVILIANO. No quede un negro sobre la tierra
ni su maldita Constitucion.

CORO REALISTA. ¡Guerra á los pillos, guerra y gran guerra
hasta la cuarta generacion!

SERVILIANO. Limpia quede España
de tanto bribon.

TODOS. ¡Vivan las caenas!
¡Muera la nacion!

HABLADO.

SERV. ¡Voluntarios, firmes! ¡¡Descansen! ¡Ar! En su lugar descanso. ¡Señor Alcalde!

ALC. ¡Señor capitan! (*Saludándole con la flexibilidad del miedo.*)

SERV. Hoy es gran dia; un nuevo sol luce para España. El gozo no me cabe en el pecho, y tengo unas ganas de abrazar á todo el mundo... (*Abraza á la Alcaldesa y el Alcalde se opone.*)

ALC. No le sería á usted lo mismo abrazarme á mí? Es mi esposa.

SERV. Hombre, si con estas cosas no sabe uno lo que se hace. (Abraza á otra señora.)

ANDRES. (Á dónde diablos se habrá metido don Diego? Estos papeles me queman el pecho y esos voluntarios me erizan los cabellos. (Buscándolo.)

SERV. Señor Alcalde, dos comisiones nos traen á este pueblo. La primera, arrancar la lápida de la Constitucion y hacerla añicos.

ANDRES. (Año de piedra? Mal año, como decía el otro.)

SERV. La segunda, seguir la pista á un bribon, á un pillo de la negrería, á un diputado de los de Cádiz que se fugó de la cárcel de la Villa.

ANDRES. (Ya pareció aquello, oigamos.)

SERV. Es un hombre temible, un facineroso. Hasta que no se le ahorque no estaremos tranquilos.

ALC. Pues me alegraré que sea lo más pronto posible.

ANDRES. (Ántes ciegues que tal veas.)

SERV. Voy á dar á usted las señas. Es alto, flaco, color moreno, pelo negro y espeso como el de un facineroso; ojos pardos, mirada de asesino, en fin, una cara horrible de liberalote.

RUFO. Ya sabe usted cómo son, muy feos! Como que están condenados.

ALC. Con esas señas vivan ustedes tranquilos, que se le hallará.

ANDRES. (Puede ser, pero no es fácil.)

SERV. ¿Quién murmura? ¡Á ver!... ¡Cuatro hombres! ¡Calen bayoneta! Usted será negro? Que lo ahorquen! Que lo fusilen! (Cogiéndolo.)

ANDRES. Ni negro ni blanco, señor mio, soy el organista del pueblo y nada más.

SERV. ¿Es verdad lo que dice? (Al Alcalde.)

ALC. Sí señor, yo respondo de don Andrés.

SERV. Pues á paseo. (Le da un empujon.)

ANDRES. (Sobre todo buena crianza y vivan las caenas.)

SERV. Yo no he olvidado (Dando golpes con el sable y dirigiendo miradas en derredor suyo.) aquellos tiempos funestos, en

que se daban gritos de ¡viva la república! en la Fontana de Oro. ¡Cuidado conmigo! pues me he propuesto exterminar á los negros hasta la cuarta generacion, y me saldré con la mia.

RUFO. ¡Hasta la cuarta?... ¡No señor! Hasta la octava, y aún es poco!

SERV. ¿Le parece á usted que aumentemos hasta la décima?

RUFO. Hombre... ya para lo que falta, dejémoslo en la docena del fraile. (Los realistas hacen muestras de aprobacion.)

SERV. La mala semilla siempre estorba, y mientras quede un negro no habrá tranquilidad en España y á dos por tres tendremos intentonas, pronunciamientos, y viva la libertad por aquí, y viva la constitucion por allá, como si la libertad y la constitucion sirvieran para maldita la cosa.

RUFO. Sirve para ellos, y si no, recuerde usted el año veinte cuando entró en Madrid Riego montado en un soberbio caballo y más orgulloso que don Rodrigo el marqués de Siete Iglesias.

SERV. ¡Pillo!... Cuando recuerdo aquella noche que en el teatro del Príncipe se pusieron á cantar desde el palco el ¡trágala, perro, tú, servilon! ¿Por qué no cantan ahora? ¿Por qué no cantan? ¡Vamos á ver quién canta! (Dando golpes con el sable. Silencio profundo en las masas.)

RUFO. Porque ahora ellos han perdido la voz y cantamos nosotros.

SERV. ¡Ay, don Rufo de mi vida! Dios quiera que sigamos cantando mucho tiempo.

RUFO. Hombre, yo creo que por lo ménos media docenita de años nadie nos los quita. Y luégo Dios dirá.

SERV. Pero ha visto usted lo que ha hecho el ayuntamiento de Sevilla?

RUFO. ¡Gran rasgo!

SERV. Nombrar una comision de su seno para que satisfaga todos los gustos y caprichos del Rey durante el viaje!

ALC. ¿Todos?

SERV. Todos.

ANDRES. ¿Para todos?

SERV. Absolutamente todos.

ANDRES. ¡Magnífico! Asombroso!

SERV. Pues ¿y en Santa Cruz de Mudela, que le han entregado nada ménos que once millones nuevecientos setenta mil reales?

RUFO. ¡Que hagan otro tanto los liberales!

SERV. ¡Cá, hombre, cá! Si son unos *méndigos!*

ANDRES. (Pero ¿adónde diablos se habrá metido don Diego!)

SERV. Confesemos, señores, que nadie como nosotros sabe celebrar el triunfo de nuestras ideas. Dígalo si no la estátua de España puesta en jarras que hemos levantado en la Plaza Mayor con un letrero en la boca que dice:

AUNQUE CAUTIVA ME VÍ,
TUVE AMIGOS Y SALÍ.

ANDRES. Están muy bien, pero muy bien esos versos!!!

SERV. ¿Verdad que sí?

ANDRES. No era lego el poeta que los escribió.

SERV. Para poetas los nuestros.

ALC. Pues aquí tienen ustedes á don Andrés, que ha compuesto un himno hasta allá.

SERV. ¿Un himno á las cadenas?

ANDRES. Poco menos.

SERV. En el nicho de San Bruno de la calle de Alcalá, que los pícaros liberales siempre que mandan convierten en balcon quitando el santo, y cuando mandamos nosotros tapamos el balcon y ponemos al santo, se ha puesto una décima que da el opio á los negros.

ANDRES. Á ver, á ver...

SERV. Dice así:

«Al modelo de las artes,
»á tí Bruno de los Brunos,
»al perseguidor de tunos,
»al que admiro en todas partes;
»al que ¡oh! Dios mio! no me apartes
»de tenerte devocion;

»al que dos veces balcon
»vió este nicho convertido.
»Gracias á Dios que ha caido
»la infame Constitucion.»

ANDRES. (Con todas estas mudanzas, el que pierde es el pobre San Bruno, que ya debe de estar harto de *negros* y de *blancos*.

VOCES. (En la calle.) ¡Que viene! ¡Que viene!

ALC. ¡Todo el mundo á la carretera!

SERV. ¡Voluntarios! firmes! Armas al hombro! Media vuelta á la derecha! Marchen!

CORO DE VOLUNTARIOS. ¡Serení, serení! etc., etc.

(Salen todos cantando por el arco de la derecha.)

HABLADO.

DIEGO. Andrés, tú eres mi única esperanza! (Saliendo por el arco de la izquierda.) Esta noche en el Parador del Galgo.

ANDRES. Sí; esta noche en el Parador del Galgo, y mañana en la horca. (Salen D. Andrés por la derecha, y D. Diego por la izquierda.)

CUADRO SEGUNDO.

MUTACION.

Camino real á la entrada de un pueblo. Á lo lejos se ve Madrid. Árboles en donde puedan subirse los chicos. Un arco de triunfo de gusto churrigueresco, levantado sobre la carretera. Fray Bartolo, Lego 1.° y Lego 2.°, sentados á la sombra de un árbol. Fray Bartolo, con la cabeza apoyada en el tronco del árbol y las manos cruzadas sobre el pecho, duerme el dulce sueño de los justos: en el árbol se ven colgadas unas

alforjas. Durante algunos segundos los dos legos se miran lanzando por fin un prolongado bostezo. Fray Bartolo sigue durmiendo, y los dos legos repiten el bestezo, pero con más fuerza.

ESCENA V.

FRAY BARTOLO, LEGO 1.°, LEGO 2.°

BART. (Despertando.) La mula se impacienta. Denle un pienso, hermanos.

LEGO 1.° No es la mula... ahaaa!... (Bostezando.)

LEGO 2.° Ahaaa!!

BART. Vamos, ya comprendo quien necesita el pienso.

LEGO 1.° Nosotros, padre. ¿No es verdad, hermano?...

LEGO 2.° Así parece...

BART. No olviden que los franciscanos viven de la limosna, y ganan el cielo practicando la caridad! Traigan aquí las alforjas número cuatro, á ver si hay algo que echar á perder. (Los legos cogen una de las alforjas. Fray Bartolo saca de la manta una bota y bebe.) ¡Gloria de Dios! No me canso nunca de bendecir á la Divina Providencia, que cria estas cosas en la tierra pecadora.

LOS LEGOS. ¡Amen!

BART. Les recomiendo la sobriedad que les impone el piadoso hábito que visten. (Les da la bota y los Legos beben; Fray Bartolo les tira de las mangas del hábito, quitándoles por fin la bota.)

LEGO 1.° Padre, si sólo me ha entrado aire.

BART. Luégo echará otro traguito... (Les da un trozo de pan y un trozo de jamon á cada uno, y él come tambien.)

LEGO 1.° (Todo lo quiere para él.)

LEGO 2.° (Así tiene esos mofletes.)

BART. ¡Qué murmuran!... (Come con apetito.) Tengan entendido, que si llego á descubrir que la gula los domina, daré parte al guardian para que los tenga en los calabozos del convento quince dias á pan y agua. (Se oye ruido de panderos y grandes voces por el camino de Madrid.) ¿Qué estruendo es ese? Llega ya la comitiva de nuestro amado

Rey? En ese caso, hermanos, regresaremos á Madrid por el camino de Villaverde, y cúmplase la voluntad del Señor.

LEGO 1.° ¡Jesús! Jesús! Y cuántas mujeres! (Subiéndose sobre un poyo de la carretera.)

BART. ¿Mujeres dice? Pues los ojos al suelo, y aparten de la imaginacion malos pensamientos. ¿Diga, hermano, son jóvenes?

LEGO 1.° Aun no se distingue bien.

BART. Yo lo veré, porque los que tenemos la vista cansada, vemos más desde lejos. (Se sube sobre un banco.) Guarden las alforjas, porque ya que hemos hecho una buena recoleccion, no conviene que desaparezca entre manos pecadoras. Dejemos pasar esa nube de tentacion, esa tropa de Satanás, con cuyas lenguas se halla empedrado el infierno.

ESCENA VI.

DICHOS, NICANORA, CORO DE MANOLAS que vienen cantando y marchando por el camino de Madrid y tocando los panderos.

MUSICA.

CORO DE MANOLAS. Al saber que Fernando
vuelve á su pueblo,
toca sin que le toquen
este pandero.
Si yo lo toco,
armo más estrupicio
que un terremoto.
Ay pandero, pandero, pandero!...
que viene Fernando,
el rey que yo quiero.
Pandero.

(Las manolas se dirigen hácia el foro y Fray Bartolo baja al proscenio.)

FR. BART. Por no verlas los ojos
cerrados tengo,
y poquito á poquito,
se van abriendo,
pues las manolas
para dar tentaciones
se pintan solas.
Ay, Bartolo, Bartolo, Bartolo,
no olvides que pecas
mirándolas sólo,
¡Bartolo!

(Fray Bartolo hace la señal de la cruz sobre la frente y sale escapado indicando á los legos que le sigan. Las manolas bajan marchando al proscenio.)

MANOLAS. Dios quitó dos estrellas
del cielo santo
y las puso por ojos
al rey Fernando:
hoy es gran dia,
pues viene el deseado
de Andalucía.
Ay, Pandero, etc.

ESCENA VII.

NICANORA, MANOLAS en la escena: aparece en el fondo una calesa vistosa; vienen en ella MARÍA y MICAELA vestidas de manolas ricas: llevan grandes panderos de raso amarillo con letras bordadas que dicen: *Viva el rey.*

HABLADO.

NICAN. Aquí les esperaremos.

MAN. 1.ª Y nos quitaremos el polvo.

NICAN. Sí, porque no es decente que sus majestades nos vean empolvadas.

MICAELA. (Desde dentro.) ¡Sóoo! Sujete usté á la bestia, tio Gilito.

que va á desembarcar toda la sal de la calle de Toledo.

MARIA. ¡Cuántas mujeres! (Saliendo á la escena.)

NICAN. ¡Calle, es la Chaperona!

MAN. 1.ª ¿Y quién será la chavala que la acompaña?

NICAN. Alguna aristocráta disfrazada de manola. Y que no les gusta eso poco á las usías; sobre todo cuando se trata de ciertos fines particulares...

MARIA. (Es preciso que veamos á don Andrés, el maestro organista del pueblo. (Permanece en el foro.)

MICAELA. Le veremos en cuanto pase el Rey.

MARIA. (¡Ah! Micaela!... ¡si no fuera por tí me moriría de miedo!)

MICAELA. (Alma grande y serenidad...)

MARIA. (Ante todo salvamos á mi padre.)

NICAN. Vaya, Micaela, guarda la bolsa y saluda á la gente; ¿quieres albellanas? (Adelantándose con desenfado.)

MICAELA. Para celebrar la venida de los reyes, me he almorzado un pavo y no tengo ganas de menear las quijadas.

MARIA. (Prudencia, Micaela!)

NICAN. Pero dí, Micaela, ¿qué le sucede á tu amiga que pone la cara triste como una viuda en dia de pésame?

MICAELA. Si está triste es prueba de que no está alegre; cada una hace de su cara lo que quiere, ó cuaresma ó pascua.

NICAN. Vaya, mujer, disimula si te he ofendido; pero en un dia como hoy la tristeza huele á negro. (Pasándose el dorso de la mano derecha por las narices.)

MARIA. (Micaela de mi alma, tengo miedo!)

MICAELA. (Valor, señorita.) Pues mira... aquí donde la ves ha tenido como yo su pandero enlutado durante el cautiverio, y si se le mete en la mollera cantar una copla que ella sabe, escrita por su novio, poeta y voluntario realista de corazon, se os va á caer una baba así de larga; como que todos los ciegos de la calle de Toledo vienen á casa á que ésta les dé el son.

NICAN. Vaya, pues que cante la chavala.

MICAELA. Dejadme á ver si puedo convencerla, pues cuando entre dos que se quieren hay dares y tomares, lo que mé-

nos pide el cuerpo es pandero. Ven, María. (¿A quién teme usted estando á su lado Micaela la Chaperona?

MARIA. Todo me asusta; ignoro el paradero de mi padre y temo por su vida.

MICAELA. (Una prueba de que no le han cogido es que le buscan. Conque ánimo y alegre usted esa cara de gloria para que no sospechen las chisperas del Barquillo.)

MARIA. (¡Qué debo hacer?)

NICAN. (Cantar y reir como todos.)

MARIA. (Sólo en tí tengo confianza.)

NICAN. ¿La convences ú no?

MICAELA. Pues ya lo creo, si tengo yo más ritórica que un padre escolapio.

TODOS. ¿Corro! ¡Corro! (Agitan los panderos.)

MARIA. Pero qué quieres que cante?

MICAELA. Lo que quieras, hija mia, que el que canta su mal espanta; porque todos los hombres de la cristiandad no valen ni una lagrimita á sí, de las muchas que por ellos derramamos las mujeres.

MARIA. Ya verán ustedes como Micaela es una exagerada; pero cuando se canta mal no debe una hacerse de rogar; allá voy.

MUSICA.

MARIA.

Al revolver de una esquina
te ví por primera vez,
y desde entónces te veo
aunque no te quiera ver.
Dime, arrastrao
lo que me has dao
para quererte
y aborrecerte,
para buscarte
y huir de tí.
¡Ay! madrecita del alma,
esto es vivir sin vivir!
Suerte perra, suerte negra,

la suerte de la mujer
que con el agua en los labios
se está muriendo de sed.

CORO. Dice bien esta chavala,
dice bien, ¡pobre mujer
que con el agua en los labios
suele morirse de sed!

(Las Manolas rodean á María y la abrazan. Se oye una marcha de tambores. Salen D. Rufo, D. Serviliano, seguidos de los voluntarios realistas. Delante chiquillos saltando.)

CORO DE VOLUNTARIOS.

La Petita se ha casado
con el señor Serení,
el dia que los bauticen
no queda un negro en Madrid.
Pitita, bonita,
con el pío, pío, pon.
viva Fernando
y la religion.
Serení, etc.

ESCENA VIII.

MICAELA, MARÍA, NICANORA, SERVILIANO, RUFO, MANOLOS, VOLUNTARIOS REALISTAS, CHICOS, GENTE DEL PUEBLO.

HABLADO.

SERV. ¡Alto!... Sargento, coloque usted la gente en la carretera mientras don Rufo y yo nos fumamos un cigarro.

RUFO. No puede usted pensarse la gana que tengo de verle!

SERV. Estoy seguro que viene más flaco.

RUFO. Ya lo creo...

SERV. Los liberales son capaces de matar á disgustos á un santo de piedra. ¿Trae usted la exposicion pidiendo que restablezca el Tribunal de la Fé?

RUFO. Sí señor, con más de mil firmas, y pienso presentársela cuando pase.

MICAELA. Chicas, tomemos sitio aquí debajo de estos árboles.

SERV. Á ver. ¿Á dónde van esas mujeres? (Las Manolas se dirigen hácia los árboles, algunos hombres ponen bancos y mesas delante de la puerta.)

NICAN. Adonde nos dá la real gana.

SERV. ¡Cómo se entiende!... (Saca el sable.)

RUFO. Prudencia, que esa es mala tropa.

MANS. ¡Fuera! ¡Fuera!

SERV. ¡Soy capitan de voluntarios realistas! ¡Cuidado conmigo!...

MICAELA. Pues nosotros somos una compañía realista, que es más.

SERV. Es que si me faltan al respeto llamaré á la fuerza armada.

TODAS. ¡Ay, qué miedo! ¡ay, qué miedo!!!

MICAELA. ¡La fuerza armada! Mire usted, aquel de allá es Agapito el tachuelero, hermano de ésta: aquel, Genaro el buñolero y cuñado de ésta: aquel, Gilito el alguacil, marido de ésta: aquel, Nicasio el carnicero, primo de ésta- aquel, Anton el sastre, padre de ésta; y aquel, Chichi el torero, querido de ésta.

NICAN. Y á mucha honra!

MICAELA. Conque ya ve usted que si llamamos á la familia, se va usted á quedar sólo como un niño de la Inclusa.

RUFO. En fin, señoras, ménos conversacion y...

NICAN. Aquí no hay señoras ni madamas, sino buenas realistas que esperan á su amado Rey.

MICAELA. Somos manolas; venimos desde Madrid á esperar á nuestros reyes, porque les queremos de verdad, ¿está usté? La reina Amalia es un ángel que se goza en enjugar las lagrimitas de los pobres, y Fernando el más rrresalao de los Madriles. Dirige los toros como nadie, y cuando encuentra á su paso, al visitar la Vírgen de la Paloma, á una manola le aprieta la mano como yo me sé, ¿está usté? Este pandero le he tenido tres años colgado de un clavo, y cubierto con una gasa negra porque mandaban los liberales, pero hoy que mandan los mios

quiero romperlo tocándolo al lado de la carroza real. Y voy al caso, para el hijo de su madre que quiera impedírmello, llevo una navaja en un sitio que no quiero nombrar y un cachorrillo en la faltriquera del delantal. ¿Quiere usté ver ambas cosas? (Micaela hace un movimiento como si fuera á sacar la navaja.)

SERV. Yo represento aquí la autoridad de la fuerza armada, y si me da la gana, impediré á todo el mundo que se acerque á la carroza del Rey.

MANS. ¡Á que no! ¡Á que no!

RUFO. (Esto va tomando mal cariz.)

SERV. ¡Pues lo impediré!

MICAELA. ¡Impedirlo! Pues aunque llevara usted tres morriones como el que lleva y tuviera un chafarote tan largo como de aquí á las Peñuelas... Vaya, hombre, no se ponga usté delante de mí con esa cara de gallo peleao.

SERV. ¡Esto ya no puede sufrirse!

MICAELA. Vamos, deje usted libre el paso, pues al verle tan feo, como estoy en estado interesante, pudiera suceder una desgracia anticipada.

TODAS. ¡Que se vaya! ¡Que se vaya!

SERV. Yo voy á hacer una barbaridad, parece imposible que sean realistas.

NICAN. Pero chicas, si este es aquel que cuando pasa por nuestra calle aullan los perros y lloran los chiquillos.

SERV. ¡No puedo más! ¡Voluntarios, prended á esas mujeres!

RUFO. Que las ahorquen por alborotadoras. (Algunos voluntario' se acercan á las Manolas que sacan las navajas, unas del pechos otras de los bolsillos de los delantales,)

MICAELA. ¡Muchachas! Al aire las herramientas, porque á las Manolas no les mete nadie para dentro el resuello. (Sacan ahora las navajas.)

MARIA. Por Dios, Micaela! (Cogiéndole un brazo.)

MICAELA. No temas, pichona, que un hombre aunque esté gordo se despacha pronto.

SERV. Prended á esa mujer. (Señala con el sable á Micaela.)

MICAELA. Á ver quién se atreve á prender á Micaela la Chapero-

na. ¡Pues ni que estuviéramos en tiempos de libertad!!

SERV. ¡Nadie la toque! (Envaina la espada, se quita el morrion, saluda á la Chaperona con grandes muestras de respeto.) ¿Es usted la Chaperona?

MICAELA. Sí señor, ¿y qué?

SERV. ¿La hermana de leche del ilustre general Chaperon?

MICAELA. Sí señor, ¿y qué?

SERV. ¿La realista más neta de la calle de Toledo?

MICAELA. La misma; reviente usté, hombre!

SERV. Voluntarios! ¡Firmes! Presenten! Arrr! Esta señora es el ama, la reina absoluta, y se colocará donde mejor le parezca. Se acabó la cuestion.

MICAELA. Pues que canten el Tedeu. Muchachas, guardad los mondadientes, porque segun parece se han firmado las paces.

ESCENA IX.

DICHOS, SEÑORAS DEL PUEBLO, vestidas ridículamente, dos ALGUACILES que llevan unos bancos: SEÑORAS 1.ª y 2.ª

SEÑ. 1.ª Macario, ponga usted los bancos donde mejor se vea.

SEÑ. 2.ª Pero estas mujeres nos van á estorbar. (Por las Manolas.)

SEÑ. 1.ª Señoras, tengan ustedes la bondad de buscar otro sitio.

NICAN. ¿Y por qué?

SEÑ. 1.ª Porque este es nuestro.

MICAELA. Pues no nos da la real gana.

SEÑ. 1.ª ¡Cómo se entiende! ¡atrevida! ¡Está usted hablando con la esposa del señor alcalde.

MICAELA. Pues aunque sea usted la mujer de Poncio Pilatos no me muevo de aquí.

SEÑ. 1.ª Alguacil, á la cárcel con esta deslenguada.

ALG. ¡Favor al rey! (El Alguacil se arerca á Micaela y esta le da un bofeton.)

MUCHOS. (Foro.) ¡Que viene, que viene!

UN MUCHACHO. ¡Madreeee!!

(Dando un grito largo: las Manolas se dirigen hácia el camino; gran animacion. El arco de triunfo se tambalea como si fuera á

caerse. Salen por la izquierda el Alcalde y los regidores con coronas de laurel en las manos; detrás D. Andrés haciendo marcar el paso á los muchachos; delante una banda militar de muchachos compuesta de un clarinete, una flauta, unos platillos, un chinesco y un redoblante.)

ESCENA X.

Todos los nombrados en las notas anteriores.

ALC. ¿Quién pide favor al Rey. (Saliendo.)

SEÑ. 1.ª Esas mujeres que se han apoderado de nuestro sitio.

ALC. Á la cárcel con ellas en cuanto pasen sus majestades.

MANOL. Guac, guac, guac! (Imitando el ladrido del perro.)

ALC. ¡Á la cárcel el perro!

CHICOS. ¡Que viene, que viene! (Los chicos que se han subido sobre los árboles y la cruz del camino gritan.)

SERV. ¿Quién ha construido ese arco? (Dando grandes voces y recorriendo la escena.)

ANDRES. Un servidor de usted.

SERV. Pues se menea, y si se cae nos pone en ridículo.

ANDRES. Pues dígale usted que tenga formalidad y que se esté quieto. (Se oyen voces de Viva el Rey: aparece D. Diego, algunos chicos le besan la mano, las mujeres la correa del hábito, él les bendice, de pronto se fija en Micaela que debe hallarse en el foro confundida con la gente y se acerca á D. Andrés; diciéndole rápidamente:)

DIEGO. Que Dios os bendiga, hijos mios. (¡Qué veo! es ella! no me cabe duda, Andrés!

ANDRES. ¡Uf! usted quiere que nos ahorquen!

DIEGO. Ves aquella Manola que agita el pandero?

ANDRES. Sí.

DIEGO. Ves la jóven que se halla á su lado?

ANDRES. Sí.

DIEGO. Síguelas, Andrés, síguelas y no las pierdas de vista.) (D. Diego se confunde entre la gente, el Alcalde bajando á donde está D. Andrés.)

ALC. ¡Música! Música! que ya están ahí!

ANDRES. Hijos mios, procurad no desacreditarme. Á la una.

MUSICA.

CORO DE MUCHACHOS. Ya vuelve hácia Castilla
nuestro monarca amado,
su diestra mano empuña
la espada de la ley.
De negros la cuadrilla
que el trágala ha cantado,
perecerá en la horca
gritando Viva el Rey.

TODOS. ¡Viva el Rey.

CORO GENERAL. Vendrá muy flaco con tantas penas,
pero tendremos un rey verdad;
¡vivan los grillos y las caenas
palo al que quiera la libertad!

(D. Serviliano, que se habrá subido sobre un banco que se halla colocado debajo de un árbol, comienza á perorar como un energúmeno, levantando los brazos todo lo que pueda.)

SERV. Mueran los negros! Viva, viva, viva el...

(Se rompe una gran rama del árbol en la que se hallan dos chicos, y caen sobre D. Serviliano, derribándole al suelo. Todos lanzan un grito de asombro, D. Andrés acude á socorrerle.)

TODOS. ¡Ay!!

ALCALDE. ¿Qué es eso?

ANDRES. ¡Nada! la cuestion eterna,
es que le ha roto el bautismo
esta sociedad moderna
al señor absolutismo!

(Los voluntarios cantan la Pitita y el Serení como está en la partitura. La gente se empuja. Los arcos de triunfo se estremecen y caen; por fin entre gritos y aclamaciones de Viva el Rey, asoman por la carretera un alcalde de monterilla montado en una jaca de mala catadura. Grande algazara. Cae el telon. Se recomienda á los directores de escena, que cuiden este fin, dándole toda la verdad posible sin que reine la confusion.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

Plaza Mayor de Madrid. Al fondo la fachada de la Panadería. Dosel con el retrato de cuerpo entero del Rey *Fernando VII.* Lápida de mármol negro con letras doradas, donde se lee: *Plaza Real.* Los balcones y las buhardillas, adornadas con vistosas colgaduras. En el centro de la plaza, dos estátuas de tamaño natural, colocadas sobre altos pedestales. Al pie de la una, se lee *España*, en la otra, *Francia.* La estátua de España está con los brazos puestos en jarras, y le salen dos cintas de la boca. La que se dirige hácia la estátua de Francia, dice: *Viniste, viste, venciste, y al Rey libre nos trajiste.* La cinta que se dirige hácia la parte opuesta, dice: *Aunque cautiva me ví, tuve amigos y salí.* La estátua de Francia, tiene los brazos extendidos hácia España, en ademan de protegerla: en los soportales de la plaza se ven puestos de flores, de panderos, de frutas, de verduras y confitería. Algunos de estos puestos, tienen toldos de lona y letreros de ¡*Viva el Rey*! *Vivan las caenas*! *Viva la paz*! *Viva la union*! *Mueran los negros,* etc, etc, etc.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE MANOLAS, VENDEDORAS, HOMBRES DEL PUEBLO y SOLDADOS FRANCESES.

MÚSICA.

MANOLAS. Desde que están en España

los hijos de San Luis,
han doblado sus consumos
las tabernas de Madrid:
y en la calle encuentras
hablando francés,
cada papalina
que vale por tres.

HOMBRES. Ya es ministro Calomarde
y geneoal Chaperon,
y el ilustre Coletilla
de Madrid gobernador:
ahora sí que vamos
á estar retebien,
y al negro que chille
se le ahorca y amen.

FRANCESES. Los Españoles de ahora
no son los del año diez,
aquellos daban la muerte
y éstos vino de Jerez.
¡Oh! qué gran victoria,
dirán en París,
sin perder un hombre
entrar en Madrid.

TODOS. Mientras mande don Tadeo,
Coletilla y Chaperon,
habrá mucho jubileo
y poca Constitucion:
y causaremos á Europa,
mucha, mucha, mucha
admiracion.

(Se oyen las campanillas de los frailes. Salen por la derecha D. Diego, disfrazado con el hábito de los misioneros filipinos, por la izquierda Fray Bartolo y dos legos, que llevan grandes alforjas colgadas de los hombros.)

ESCENX II.

DICHOS, D. DIEGO, FRAY BARTOLO y DOS LEGOS.

Mientras canta D. Diego, Bartolo y los legos recorren los puestos de los vendedores. Sigue la música.

DIEGO. Si el reino de los cielos
quieren ganar,
ejerzan en la tierra
la caridad.
Soy de los misioneros
recolector,
para dar á los pobres
pido por Dios.

(Algunas mujeres le besan la correa y el hábito, los hombres las manos.)

MUJERES. Padre, que goce
muy buenos dias.

DIEGO. Buenos los tengan
las hermanitas.

MUJERES. ¿Y las alforjas?

DIEGO. Vienen vacías.

MUJER. Las llenaremos.

DIEGO. ¡Dios las bendiga!

MUJERES. ¿Y en el convento,
hay novedad?...

DIEGO. Dolor de muelas
tiene el guardian.

CORO. ¡Dolor de rabia,
pícaro mal!...

MUJERES. Padre, usted perdone
la curiosidad,
¿qué hace en el convento
la comunidad?

DIEGO. Propio es de mujeres
el curiosear.

MUJERES. Cuente, cuente, hermano.

DIEGO. Pues vamos allá.

(Todos le rodean: expresan en las fisonomías curiosidad y alegría. D. Diego, canta con seráfica expresion, y todos aprueban con alegría.)

Tomamos chocolate
cuando amanece el dia,
se almuerza cuando marca
nuestro reloj las diez,
se come al dar las doce,
y en célica armonía,
al dar las oraciones
comemos otra vez.
Luégo con calma
nos acostamos,
y á Dios el alma
le encomendamos.
Esta es la vida ejemplar
que allí solemos hacer,
comer, dormir y rezar,
rezar, dormir y comer.

CORO. Si pudiera profesar,
qué alegría, qué placer,
comer, dormir y rezar,
rezar, dormir y comer.

DIEGO. Salimos por la tarde
á recorrer la villa;
se evacua algun encargo,
se cumple algun deber,
y si hay quien nos ofrezca
alguna friolerilla,
por humildad tan solo
volvemos á comer.
Luégo con calma,
nos acostamos,
y á Dios el alma
le encomendamos.
Esta es la vida ejemplar

que allí solemos hacer,
comer, dormir y rezar,
rezar, dormir y comer.

CORO. Si pudiera profesar,
¡qué alegría! ¡qué placer!
comer hasta reventar,
comer y siempre comer.

(El coro debe decir los cuatro versos últimos con marcada expresion de glotonería. D. Diego se sonrie y se dirige hácia el foro, mirando de vez en cuando hácia la primera puerta de la derecha. Fray Bartolo, seguido de los legos, avanza hasta el proscenio y las vendedoras y los muchachos le rodean.)

HABLADO.

BART. Una limosna para el padre San Francisco que da ciento por uno.

VARIAS MUJERES. Tome, tome.

UNA. (Padre, encomiéndeme en sus oraciones, que buena falta me hace.)

BART. Así lo haré, hermanita, pero por su parte no olvide que la conciencia se descarga al pie del confesonario, y cúmplase la voluntad del Señor. Para el padre San Francisco, que es pobre de solemnidad. (Recoge entre los vendedores, desapareciendo luégo por el foro.)

DIEGO. (Bajando al proscenio.) El piadoso hábito que visto es un salvoconducto en estos tiempos. Serenidad... Aquella es la casa... Andrés no puede tardar. (Sale por el foro D. Andrés con su largo leviton, su pantalon corto, sombrero de copa con una cinta blanca que dice: *Viva el Rey* á secas y una cadena sujeta á le cintura y del tobillo de la pierna derecha, lleva tambien una gran escarapela encarnada con el retrato del Rey.)

ESCENA III.

D. DIEGO, D. ANDRÉS, GENTE DEL PUEBLO, en el foro.

ANDRES. ¡Viva el Rey absoluto! ¡Vivan las cadenas! mueran los negros! (Baja al proscenio agitando la cadena y blandiendo el paraguas que lleva en la mano. D. Diego se le va acercando poco á poco.) Si despues de todo esto no se me tiene por un realista de pura sangre, preciso será que confiesen que he puesto de mi parte todo lo posible para evitar la horca.

DIEGO. Andrés, el miedo te embrutece!

ANDRES. El miedo es un acreedor que cobra réditos toda la vida.

DIEGO. No sirves para conspirar.

ANDRES. Esa es una ocupacion que tiene muchas quiebras.

DIEGO. Has visto al marqués de Rodillac?

ANDRES. Esta noche se reunen en su casa los diputados más comprometidos.

DIEGO. Sí, disfrazados de oficiales franceses. Mira. (Se abre el hábito y enseña el uniforme que lleva debajo.)

ANDRES. Esto acabará mal.

DIEGO. Viste á mi tio el prior de los Franciscos?

ANDRES. Dice que tiene el dinero dispuesto, pero que sólo lo entregará á usted en sus propias manos, pues no se fía de nadie en estos tiempos calamitosos.

DIEGO. Iré á verle.

ANDRES. El prior me ha parecido un fraile ribeteado de liberal.

DIEGO. De esos hay pocos.

ANDRES. Pero hay algunos aún que son mal vistos en la comunidad.

DIEGO. Andrés, el ambiente que se respira en Madrid produce la muerte á los que como nosotros llevamos encarnada en el alma la idea santa del progreso y la libertad: los hombres más ilustres, más distinguidos de la nacion huyen, se esconden, gimen en inmundos calabozos ó exhalan su último suspiro en infamantes patíbulos. La

historia de estos tiempos será mañana una vergüenza para España. Es preciso partir, llegar á la frontera.

ANDRES. Pero si yo no he hecho daño á nadie.

DIEGO. Pobre Andrés, te parece poco los servicios que me has prestado; tu profesion de maestro de escuela es lo suficiente para que te arranquen la vida. (Se oyen gritos y vivas por el foro.) Oyes á los chacales... su profesion es aullar de dia y de noche. Entra en casa de Micaela, entera á mi hija de todo lo que ocurre y ven á buscarme.

ANDRES. Pero ¿usted va á quedarse aquí?

DIEGO. Este hábito me protege, no temas.

ANDRES. Me parece que con el hábito y todo le ahorcan. (D. Andrés entra en la primera puerta de la izquierda. D. Diego se dirige hácia el foro. Se oyen gritos y ruido de cristales rotos; algunos hombres y mujeres cruzan la escena huyendo; luégo aparecen D. Serviliano, D. Rufo y la ronda, todos llevan enormes garrotes y pistolas al cinto, sombreros de copa con escarapelas y capa. Algunos uniformes de realista, y sable debajo de la capa.)

ESCENA IV.

D. SERVILIANO, D. RUFO, RONDA: D. DIEGO se pasea por el foro hasta terminarse la pieza de música.

MUSICA.

Coro de la ronda dando grandes golpes en el suelo con los bastones.

RONDA.
No ha de salvarse ni un negro
que huela á Constitucion,
que tiene muy buen olfato
la ronda de Chaperon.
¡Chaperon! ¡Chaperon!! ¡Chaperon!!!

SERV. (Blandiendo el garrote y con la alegría del que está en el poder y come del presupuesto.)
Desde que mandan los mios
voy buscando un liberal,

para darle una paliza
con entera libertad,
y le busco solamente
con la piadosa intencion
de cantarle la Pitita
y romperle el esternon.
Viva la paz, (Blandiendo el garrote.)
viva la union
y garrotazo limpio
á la Constitucion.

TODOS. Viva la paz,
viva la union
y garrotazo limpio
á la Constitucion.

SERV. Tiene la carne de degro
un olor tan especial,
que cuando uno se me acerca
huelo y digo... liberal,
y enarbolando el garrote
con fervorosa intencion
le magullo el espinazo
con realista indiscrecion.
Viva la paz,
viva la union
y garrotazo limpio
á la Constitucion.

TODOS. Viva la paz,
viva la union
y garrotazo limpio
á la Constitucion.

HABLADO.

D. DIEG O se acerca terminada la música; algunos hombres le besan la mano, etc., etc.

SERV. Todo va bien; todo irá mejor. Estamos nosotros en el poder.

VARIAS VOCES. ¡Vivan las caenas!

SERV. Sin embargo... Se conspira. Las sociedades masónicas traman algo gordo. La purificacion entre los militares causa al gobierno sérios disgustos, y se teme alguna intentona por Andalucía.

RUFO. Pero hombre, que los andaluces siempre han de meter la pata en eso de libertad.

SERV. Bah, yo soy ahora el jefe de la ronda de Chaperon, y todas las noches perniquebraremos á una docena de liberales.

DIEGO. ¡Duro con ellos! (Acercándose.)

SERV. Santas y buenas, padre.

DIEGO. Hijos mios, es preciso arrancar la mala yerba.

SERV. En buenas manos está el pandero, Vosotros ireis apuntando las casas de los sospechosos; en cuanto al diputadillo constitucional voy siguiéndole la pista, y creo que esta noche daremos con su madriguera.

DIEGO. Supongo que se trata de algun pícaro negro.

SERV. Pero de los más negros de la negrería.

DIEGO. Que le ahorquen y en paz. (Salen dos lechuguinas cogidas del brazo de dos oficiales franceses. Se detienen en un puesto dc flores y les ponen una flor en el ojal del uniforme.)

SERV. La verdad es, señores, que la cosa pública no me deja tiempo ni para rascarme.

RUFO. Mire usted aquello. (Señalando á las lechuguinas.)

SERV. Eso me irrita! eso me revienta!

DIEGO. Pero hermano... no olvide que los franceses son hoy nuestros aliados.

SERV. Que se alien con nosotros, pase... pero con nuestras mujeres!... eso no puede tolerarse.

DIEGO. Pues ahí verá, hermanito.

RUFO. Picaronazas! ¡No eran así las mujeres del año ocho!

SERV. Por eso quiero yo volver al año siete.

DIEGO. La verdad es, hijos mios, que España en mil ochocientos era un paraiso. Sobre todo para los pobrecitos frailes.

RUFO. Pues allí hemos de volver pese á quien pese.

SERV. Y permanecer sin avanzar un paso hácia adelante aun-

que nos embista por detrás un toro de seis años.

DIEGO. Conque vamos á ver, hermanos, qué hay de cosas?

SERV. Tenemos de gobernador á Coletilla, de presidente de las juntas á Chaperon, y de ministro á Calomarde. (Muestras de aprobacion entre lo de la ronda.)

RUFO. Buenas personas.

RONDA. Buenas.

DIEGO. ¡Pero muy buenas! (Marcando mucho todas les conclusiones.)

SERV. Se han mandado cerrar los cafés patrióticos, y en particular el de la Cruz de Malta, donde se reunian los republicanos más intransigentes.

RUFO. ¡Buena providencia!

RONDA. ¡Buena!

DIEGO. ¡Pero muy buena!

SERV. Se ha prohibido la publicacion de todos los periódicos, excepto la *Gaceta* y *El Diario de Avisos.*

DIEGO. Ya era hora! Porque vamos á ver, ¿para qué sirven los periódicos? Para meterse en lo que no les importa y tener sobresaltados á los gobiernos; Desengáñense ustedes, mientras tengamos prensa, reuniones patrióticas y teatros estamos perdidos.

RONDA. ¡Perdidos!

RUFO. ¡Completamente perdidos!

SERV. Hoy viene en la *Gaceta* una real órden, sentenciando á presidio y confiscando los bienes de sesenta y cuatro diputados liberales, entre los que figuran Alcalá Galiano, Argüelles, Valdés, Isturiz, Villanueva, etc., etc.; qué tal, eh?

RUFO. ¡Buena ornada!

RONDA. ¡Buena!

DIEGO. ¡Pero muy buena! Y diga, hermano, al que cojan le ahorcan?

SERV. Sin identificar la persona.

DIEGO. ¡Hombre!...

SERV. Cuando se ve un perro con la lengua fuera, los ojos echando chispas, el rabo caido, el espinazo encorbado, y se duda si está ó no rabioso, ¿qué se hace?

RUFO. Se le mata.

SERV. Pues eso debe hacerse con los negros; ¡matarlos por sí lo son!!

DIEGO. Amen!

SERV. Voy á dar á ustedes una noticia importante pero mucho secreto: Se asegura que Fernando se va haciendo un poquito liberal y que se niega á firmar el decreto restableciendo la Inquisicion.. (Todos se ponen la mano en el pecho é inclinan la cabeza, y haeen un gesto de disgusto.) Ademas se trata de restablecer en todo su vigor la Pragmática de nuestro muy amado Rey Cárlos cuarto, por la cual se prohibía á los altos funcionarios y á los ministros de la Corona, que comiesen tanto, entregándose á la gula y al despilfarro sin tener en cuenta la miseria pública. (Vuelven á hacer un gesto de desaprobacion.)

RUFO. ¡Malo, malo, malo!

RONDA. Pero muy malo!

DIEGO. Ya lo creo que es malo, rematadamente malo! Aunque supongo que eso no rezará con los pobrecitos frailes.

SERV. ¡No faltaba otra cosa! á los frailes sólo les tratan mal los liberales.

DIEGO. Se necesita tener mal corazon para meterse con nosotros que no hacemos daño á nadie. Luégo esos pícaros negros se quejan si se les ahorca. (Un hombre sale por la derecha, toca en el hombro á Serviliano y le dice:)

HOMBRE. Palabra, don Serviliano.

DIEGO. (¿Qué será esto?) (Hablan en voz baja. D. Diego pasea procurando oir algo de lo que se habla.)

SERV. ¡Señores! ¡Grandes novedades!... (Reuniéndose con los de la ronda.)

DIEGO. (¡Oigamos!) (Todos rodean á D. Serviliano con gran interés.)

SERV. El mozo de paja y cebada del parador del Galgo acaba de hacerme una importante revelacion. Hay liberales que se disfrazan de frailes para salvarse de la horca.

RUFO. ¡Picaronazos!...

DIEGO. (Bueno es saberlo.)

SERV. Si ustedes me ayudan, esta noche caerán en nuestras manos don Diego de Lara y algunos diputadillos más, que, segun parece, se reunen en el palacio del Marqués de Rodillac. (Hablan en voz baja, dirigiendo miradas en derredor, fijándose en D. Diego con marcada curiosidad.)

RUFO. Cuidado, amigo mio, con los franceses... porque hoy son los amos del cotarro.

SERV. Pierda usted cuidado.

DIEGO. (Parece que me miran con algun recelo...) (D. Diego se pasea acercándose á la casa donde poco ántes entró Andrés.)

SERV. Todo fraile que lleve el hábito de los misioneros filipinos debe ser sospechoso.

DIEGO. (Lo tendré presente.) (Llama á la puerta.)

SERV. No hay que perder de vista al que está llamando en aquella puerta.

ANDRES. (¡Es usted!) (Asomándose.)

DIEGO. (¡Silencio! Ven... cierra la puerta.)

SERV. ¿Quién vive en esa casa? (Reuniendo á la Ronda precipitadamente.)

RUFO. En el piso segundo un capellan, en el primero un médico un poco tocado de la cabeza, y en el bajo Micaela la Chaperona.

SERV. Es preciso registrar esa casa. La ronda de Chaperon es como el huracan que penetra por todas partes sin permiso de nadie. (Se dirigen hácia la casa que debe estar en la tercera caja de la derecha, y cae un telon corto.

CUADRO CUARTO.

Sala blanca en casa de Micaela; puerta al fondo y dos laterales; algunos muebles pintados en el telon del foro. D. Andrés y D. Diego figuran entrar por la puerta de la izquierda, que cierran detrás de ellos. Don Diego saca una gorra de cuartel y un latiguillo de las mangas del hábito; se quita el hábito y queda vestido de coronel francés.)

ESCENA V.

D. DIEGO, D. ANDRÉS, luego D. SERVILIANO, D. RUFO Y SEIS HOMBRES DE LA RONDA.

DIEGO. Oculta eso. (Dándole el hábito.) Tal vez pueda servirme en otra ocasion; yo voy al convento á recoger el dinero: el oro es un buen salvoconducto de los emigrados. (Llaman con fuerza en la puerta.)

ANDRES. Ahí están los lobos. (Temblando.)

DIEGO. Serenidad y confianza. (Andrés coge el hábito y se va por la puerta de la derecha. Llaman segunda vez en la puerta de la izquierda.) ¿Quién llama?

SERV. (Desde fuera.) La ronda de Chaperon. (D. Diego abre la puerta; los de la ronda, al ver un coroncl francés, se quitan los sombreros respetuosamente.)

DIEGO. ¿Es ami aquien busca la ronda de el general Chaperon? (Com acento francés muy marcado.)

SERV. ¡Señor coronel! La persona de usía es sagrada para nosotros. (Saludándole con respeto.)

DIEGO. ¡Ah! Entónces... ¡Viva el Rey Luis! ¡Viva la Francia! (Haciendo chasquear el látigo, sale por la puerta.)

TODOS. ¡Viva! (Inclinándose respetuosamente al pasar D. Diego.)

SERV. Muchachos, adentro y traedme aquí todo el que os parezca sospechoso... (Entran algunos en la casa.) En diciendo francés, punto en boca y á sufrir la albarda con resignacion; pero en siendo un liberal, garrotazo y tente tieso. (Sacan á D. Andrés dándole empujones.)

ANDRES. ¡Señores! Esto es un atropello. ¡Vivan las cadenas! ¡Viva el despotismo!... Me parece que no se me puede exigir más...

SERV. ¿Quién es este hombre?

RUFO. Lo hemos encontrado en el patio.

SERV. ¿Es usted realista?

ANDRES. ¡Realista! ¡Ya lo creo! Digo, me pregunta si soy realista... Mire usted, comparado conmigo, Coletilla es un republicano...

SERV. La palabra república está excluida de nuestro diccionario, y si usted vuelve á pronunciarla le arranco la lengua.

ANDRES. (¡Salvaje!) Está bien...

SERV. ¿Conque... es usted realista?

ANDRES. Me parece que son una garantía de mis opinioues políticas esta cadenita y este viva el Rey á secas. (D. Serviliano le mira de arriba abajo con detenimiento, luégo se le acerca y comienza á olerle. D. Andrés da á su fisonomía una expresion de seráfico terror.)

SERV. Señor don Rufo, tenga usted la bondad de oler al señor. (D. Rufo se le acerca y le huele.)

ANDRES. Pueden ustedes oler todo lo que gusten.

SERV. ¡Silencio!

RUFO. Huele á teñido.

SERV. Lo mismo me parece. ¿Conque usted es realista?

ANDRES. Hasta los huesos.

SERV. ¡Y lleva usted un chaleco morado!...

ANDRES. No tengo otro.

SERV. Y una levita teñida.

ANDRES. Sí señor.

SERV. ¿Qué color tenia esta levita ántes de ser negra?

ANDRES. Color de caramelo.

SERV. ¡Embustero!...

ANDRES. ¡Señor mio!...

SERV. ¿Y no teme usted que el peso de esta cadena le sea perjudicial á la salud?

ANDRES. ¡Cá! Yo he tenido siempre una robusta constitucion.

SERV. ¡Nada de constitucion!... (Levantando el garrote.)

ANDRES. Perdone usted si me he tomado la libertad...

SERV. ¡Nada de libertad!!...

ANDRES. ¿Pero se puede saber con quién tengo la honra de hablar?

SERV. ¡Aquí no se trata de honra, ni hace falta!...

ANDRES. Puesto que usted lo quiere, suprimamos la honra.

SERV. Yo soy el jefe de la ronda de Chaperon. (Dando un golpe en el suelo siempre que nombra á Chaperon.) Chaperon es inflexible como la ley. Chaperon se viste de gala el dia que se ahorca á un liberal. Mañana á las doce comparecerá usted en las oficinas del general Chaperon.

ANDRES. Pero señor, mio!

SERV. Nada, hasta mañana á las doce. (Se van Serviliano, Rufo y la ronda. Andrés se queda solo en medio del escenario, pausa.)

ESCENA VI.

ANDRÉS, solo.

¡Chaperon! ¡Chaperon!! Este nombre resuena en mis oidos como un eco de muerte. ¿Qué va á ser de tí, pobre Andrés, cuando mañana te halles en presencia de Chaperon? Si dispone que te ahorquen, te hará poca gracia. Si manda que te encierren en un calabozo, al ménos te quedará un resto de sombría esperanza. El Diccionario de la lengua define de este modo la palabra política: cortesía, urbanidad, buen modo de portarse. Arte de gobernar sábiamente un Estado, procurándole paz, abundancia, órden y justicia. Pero en Es-

paña, un político en estos tiempos de absolutísmo no es otra cosa que un energúmeno armado de un garrote que se complace en romper las costillas á todo prójimo que no piense como él. (Se queda abismado. Salen por el foro María y Micaela vestidas de manolas. Se acercan á donde está Andrés.)

ESCENA VII.

ANDRÉS, MARÍA y MICAELA.

MICAELA. Ya es hora! (Poniéndole una mano sobre el hombro.)

ANDRES. ¡Vivan las cadenas! (Dando un salto.)

MARIA. Pero estás loco?

MICAELA. El miedo le ha echado la zancadilla, piensa á voces.

ANDRES. El caso no es para ménos.

MARIA. András, dime algo de mi padre.

ANDRES. Todo está dispuesto...

MARIA. Cuándo saldremos de Madrid?

ANDRES. Esta noche, segun parece.

MARIA. ¡Oh! Dios lo quiera!

ANDRES. Se necesita mucha sagacidad para burlar á la ronda.

MARIA. ¡Pero mi padre, mi padre!

ANDRES. Estuvo aquí hace poco... volverá para conducir á usted á cosa del marqués de Rodillac...

MARIA. Dime, Andrés, es cierto que el marqués de Rodillac, protegerá la fuga de algunos diputados sobre cuyas cabezas pesa una sentencia de muerte?

ANDRES. Sí, esta noche deben reunirse en su casa... Durante el baile se tratará del modo de salvarlos.

MARIA. Mi padre me ha dicho que era preciso convencer á Micaela para que acuda al baile con las amigas.

ANDRES. Eso desorientaría á la gente de Chaperon... porque las manolas y los chisperos son los más furiosos realistas.

MARIA. Micaela, por qué te alejas de nosotros? tú puedes oir todo lo que hablamos, porque para tí, nuestra salvadora, nuestro ángel tutelar, no tenemos secretos. Dándola un beso.)

MICAELA. Francamente, señorita, yo estoy dispuesto á dar el alma y la vida por ustedes... pero esa reunion en casa del francés me huele á negro, y no es justo que Micaela la Chaperona, la primera realista de Madrid, haga traicion á los suyos.

MARIA. ¡Cómo! Te opones á los deseos de mi padre? á las súplicas mias... de tu querida niña, como me llamas, de las que has salvado de la muerte arriesgando tu vida?... y dices que me quieres!... estaría bien que nos ahorcaran por tu culpa. Pero calla, esto es una lagrimita que asoma á tus ojos... voy á comérmelo, y luégo si te atreves denunciamos á tu hermano Chaperon.

MICAELA. Mire usted, señorita: yo soy realista de nacion; lo tengo dentro porque Dios quiere: No soy de aquellas que gritaron el año veinte viva San Riego y el veinte y tres le arrastraron en un seron hasta el pie de la horca. No disfrazo á mís hijos de milicianos cuando mandan los liberales, y de frailes cuando gobiernan los serviles; tengo buena memoria, un corazon ancho como la plaza de toros, y agradecido como un perro. Por realista me encerraron en la galera hace tres años. Una noche ví entrar en mi calabozo á un ángel de la tierra, con la cara de serafin y la sonrisa de la caridad en los labios. Aquel ángel, me traía ropa, dinero, comida, y lo que valía más que todo eso, cariño, amor, esperanza. El ángel era usted, señorita. Al dia siguiente se presentó don Diego con un papel en la mano, y se abrieron para mí las puertas de la cárcel... pídanme ustedes la sangre, la vida, la luz de los ojos, pero pedirme que haga traicion á los mios, es darme una puñalada en la parte más sensible de mis opiniones políticas.

MARIA. Aquí no se trata de hacer traicion á nadie: se trata de que el señor marqués de Rodillac es un francés que ha venido á España con el duque de Angulema á estudiar las costumbres del país, que le gustan los toros, los cantares del pueblo, todo lo que tiene un verdadero carác-

ter español. Da esta noche un baile y quiere amenizar la fiesta con la presencia de las manolas, y tú puedes, reuniendo á tus amigos, complacer al marqués, que tanto se interesa por nosotros.

MICAELA. Si con el pretexto de la fiesta se va allí á conspirar...

MARIA. ¿Luego nos abandonas?

MICAELA. ¡Yo, señorita!

MARIA. Está bien... llama á los tuyos. Diles que soy la hija de don Diego de Lara y que mi padre vendrá ántes de mucho á buscarme... Que nos prendan, que nos ahorquen. ¡Qué importan nuestras vidas!... Pero tú no dices nada, Andrés.

ANDRES. ¡Chaperon! (Como despertando.)

MARIA. ¿No oyes lo que te digo?

ANDRES. Sí, si estoy conforme en todo.

MICAELA. Pero usted no sabe, señorita, que el bando dice que todo el que oculte á un diputado constitucional pagará con la vida su crímen.

MARIA. Pero tu hermano no te ahorcará.

MICAELA. ¡Ay, señorita! Mi hermano es muy bruto, y sería capaz de ahorcarse él mismo si sospechara que habia salvado á un liberal aun sin saberlo. Pero sea lo que Dios quiera. Mi corazon me dice que no abandone á ustedes, y le obedezco.

MARIA. ¡Qué buena eres!... ¡Y áun lo serías más si te vinieras con nosotros al extranjero!

MICAELA. En cuanto á eso, no cuente usted conmigo; quiero morirme en España, bajo su hermoso sol y comiendo sus ricos garbanzos; yo les ayudaré todo cuanto pueda. Luégo nos daremos un adios... pero voy á reunir á mi gente; esta noche nos veremos todos en casa del marqués.

MARIA. Bendita seas. (Micaela desaparece por el foro.)

ANDRES. A esta tambien la ahorcarán, pero será por jaleadora.

ESCENA VIII.

MARÍA, ANDRÉS, luégo D. DIEGO.

MUSICA.

MARIA. Alienta esperanza,
recobra el valor,
que ya en lontananza
amanece la aurora serena
que calma la pena,
disipa el temor.

ANDRES. Me falta esperanza,
me falta valor,
que ya en lontananza
sin delito presiento la pena
que á muerte condena
por conspirador.

DIEGO. (Saliendo.) Por fin al lado mio
te veo, hija querida;
huir es necesario,
huir siendo español.

MARIA. Huyamos, padre mio,
que anhelo la partida
como el sediento el agua
y el prisionero el sol.

ANDRES. Al fin buen español:
en vez de estar oculto
y de escurrir el bulto,
sale á tomar el sol.

DIEGO. Mañana, cuando el dia
anuncie la alborada,
tendiendo por el cielo
su ténue claridad,
huiremos, hija mia,
de nuestra patria amada,
buscando en otro suelo

la paz, la libertad.

MARIA. Ven pronto, nuevo dia;
anuncia tu alborada
por el inmenso cielo
con ténue claridad;
termine la agonía
de un alma acongojada
que busca en otro suelo
la paz, la libertad.

ANDRES. Me temo que si el dia
anuncia la alborada
por el hermoso cielo
con ténue claridad,
la astuta policía
nos juegue una pasada
y nos chamusque el pelo
con toda libertad.

LOS TRES. La sombra favorece,
la noche da ocasion,
y nos ofrece
la salvacion.
Silencio y á buscar
la paz, la libertad!...

(Salen por la puerta de la izquierda. Sigue la música. Mutacion.)

CUADRO QUINTO.

Salon elegantemente amueblado en casa del marqués de Rodillac. Al fondo dos grandes balcones, á través de los cuales se ve el horizonte y árboles de un jardin. La escena está iluminada como para baile.

ESCENA IX.

SEÑORAS, CABALLEROS, OFICIALES FRANCESES. Las señoras y los oficiales franceses bailan un minué: junto al proscenio, en un grupo, se hallan los caballeros hablando con animacion.

MUSICA.

SEÑORAS. Cuando dicen los franceses
pardon, madama, *pardon*,
seducen por lo corteses,
encanta su educacion.
Á bailar, á bailar,
qué bien les sienta á todos
el traje militar!

FRANCESES. La tierra de los placeres
es este pueblo español,
por sus vinos, sus mujeres,
sus toreros y su sol.
Á bailar, á bailar;
qué gracia en la sonrisa,
qué fuego en el mirar!

CABALLEROS. No es posible ya, señores,
sufrir esta situacion

de palizas y de horrores,
de Pitita y Chaperon.
Á conspirar, á conspirar,
y sea nuestro grito
ó muerte ó libertad.

CRIADO. (Saliendo.) Los señores marqueses
de Rodillac.

(Levantando la cortina de una de las puertas de la derecha por donde salen el Marqués y la Marquesa en traje de etiqueta: les acompaña D. Diego en traje de coronel francés. Todos suspenden el baile, y saludando. Á este cuadro debe dársele todo el carácter de la ridícula etiqueta de equella época.)

FRANCESES. ¡Señora Marquesa!...

SEÑORAS. ¡Señor Marqués!...

MARQUES. ¡Madamas!... Caballeros!
prosiga el minué.

(Mientras continúa el baile tomando parte en él los marqueses, D. Diego se reune al grupo de los caballeros, que no bailan. Todo lo que dice D. Diego debe ser un recitado con acompañamiento muy piano de orquesta.)

CABALLEROS. ¿Qué ocurre? ¿qué pasa?

DIEGO. Los ojos noche y dia
fijos en esta casa
tiene la pollcía;
la acecha, la usmea,
la calle pasea,
pero asegura el Marqués
no debe temerse á nadie,
pues se encuentra su morada
bajo el pabellon francés.
El permiso para entrar
no lo podrán conseguir,
ahora, el modo de escapar
de mis labios vais á oir.
De soldados
disfrazados
de este palacio saldremos.

del alba al primer albor
á un regimiento agregados
de franceses
y á Córdoba llegaremos
sin temor.
De Córdoba á la ribera
que baña el mar,
buscaremos la manera
de llegar.
Y si llegamos con vida
á Gibraltar,
pues de España
á tierra extraña
nos obligan á emigrar
por la libertad querida,
¡á conspirar! á conspirar!

CABALLEROS. ¡Á conspirar! ¡Á conspirar!
Y sea nuestro grito
ó muerte ó libertad.

SEÑORAS Y FRANCESES. Á bailar, á bailar,
qué gracia en la sonrisa,
qué fuego en el mirar.

(Se oye ruido de panderos, y aparecen en la puerta Micaela y María con trajes de manolas, su mantilla terciada y su pandero en la mano. Se suspende el baile. Micaela saluda con desembarazo y dice: recitado.)

MICAELA. Madamas y caballeros
como yo no sé francés,
voy á hablar en español,
que es la lengua que mamé.
De majas y de chisperas
del Barquillo y Lavapiés,
me han nombrado introductora
la marquesa y ei marqués.
Perdónenme si interrumpo
un momento el minué,
y abran paso, pues la gracia

de mi tierra van á ver.

(Gran animacion entre los oficiales franceses. Muestras de disgustos entre las señoras. El Marqués y algunos convidados se dirigen hácia la puerta para recibir á las manolas que entran al son de los panderos. Delante vienen María y Nicanora)

CORO DE SEÑORAS. De mal gusto es la ocurrencia
del Marqués,
convidar á este gentuza
de Lavapiés.

FRANCESES. De buen gusto es la ocurrencia
del Marqués,
convidar á las manolas
de Lavapiés.

(Mientras los franceses ofrecen sillas á las manolas, las señoras forman un grupo separado, y María, acercándose á su padre, le dice clara y rápidamente dándole un papel:)

MARIA. En el patio está espiando
don Andrés,
y para tí me ha dado
este papel.

(D. Diego lee rápidamente y hace señas á algunos de sus amigos.)

DIEGO. (Leyendo.) «Si entra la policía
»mucha serenidad,
»que el Marqués ha dispuesto
»el modo de escapar.»

MICAELA. Chisperas y manolas,
á bailar, á cantar.

(Se colocan dos parejas de baile que visten lo mismo que los manolos y comienza el bolero.)

MANOLAS Y MANOLOS. Venimos á cantaros
el caramelo,
el bolero más dulce
de los boleros.
Menea esos hombros,
sacude el pandero
para que la Francia
se chupe los dedos.

Para ver la sandunga
que tiene España,
Dios en el cielo á abierto
una ventana.
Y pasa los dias
con un catalejo
mirando á las majas
que bailan bolero.
Sacude con brío,
repica con alma,
que viendo tu garbo
me cae la baba.
Así va muy bien,
que viva la sal!

FRANCESES. ¡Bravo!
SEÑORAS. ¡Bravo!
MANOLAS. ¡Zás!

Aquí acaban las coplas
del caramelo,
el bolero más dulce
de los boleros.

TODOS. ¡Bravo! Bravísimo,
viva el salero
el repique y la gracia
de los panderos.

HABLADO.

MICAELA. María, para que admiren
tu aquel, tu gracia y tu voz,
canta la cancion de moda
nominada el ruiseñor.

TODOS. ¡Que la cante! ¡que la cante!

MARIA. Pues lo quieren... allá voy.

(María, despues de cambiar una mirada con su padre, se adelanta y canta; D. Diego habla en voz baja con el Marqués. Se asoma al balcon, etc., etc., etc.)

Ruiseñor trinador

que en las frondas buscó del jardin
el eden de su amor
perfumado de mirto y jazmin,
¿dónde estás sin igual trovador
de la noche sublime cantar?
Dónde estás
que no vas
de tu amada á calmar el temor.
Esperar sin tu amor, es morir,
escuchar tu cantar es vivir.
Ruiseñor
trinador
conmigo ven,
que es para mí tu amor
todo un eden.
Ruiseñor trinador
que en las frondas amé del jardin,
es tu amor, dulce bien,
perfumado de mirto y jazmin.

TODOS. Ruiseñor trinador
conmigo ven,
que es para mí tu amor
todo un eden.

(Serviliano, seguido de algunos agentes de la ronda, se presenta en la puerta que figura dar á la calle. Avanza sombrero en mano saludando con respeto á todos, y en particular á los Marqueses. Sigue la música.)

SERVILIANO. Humilde á los Marqueses
piden perdon,
el jefe do la ronda
de Chaperon.

TODOS. ¡Chaperon!

MARQUES. Qué busca aquí la ronda
de Chaperon?

TODOS. ¡Chaperon!!

SERVILIANO. Busco á unos diputados
á la horca sentencíados;

son negros y masones,
conspiran contra el Rey.
Se dice que se ocultan
aquí en estos salones,
y con audacia insultan
el fallo de la ley.

FRANCESES. Protege esta morada
el pabellon francés.

SERVILIANO. Tambien yo la respeto
más cumplo mi deber.

FRANCESES. La Francia no consiente
que esta mansion holleis.

SERVILIANO. El duque de Angulema
me autorizó: leed!

(Entrega un pliego al Marqués. Asombro general: los comvidados rodean al Marques, Serviliano, dirige en derredor miradas de triunfo, y se pasea con gravedad cómica por la escena.)

DIEGO. Calma, que en ella estriba
la salvacion,
y burlar á la ronda
de Chaperon.

MARIA. No hay esperanza alguna,
no hay salvacion
si les coge la ronda
de Chaperon.

FRANCESES. Arrojarles debemos
por el balcon
al jefe y á la ronda
de Chaperon.

MANOLAS. Esto me buele á negro,
huele á mason
cuando viene la ronda
de Chaperon.

SEÑORAS. Ha venido á turbarnos
la diversion
la inoportuna ronda
de Chaperon.

(Se oyen por la parte que da al jardin, gritos y voces tumultuosas, y comienza á verse á través de los cristales el resplandor de un incendio. D. Andrés entra en la escena descompuesto el traje, corriendo y dando gritos, todos le rodean mientras canta la cavaleta.)

ANDRES. Echando tacos y maldiciones
van por las calles muchos masones,
dicen que quieren prenderle fuego
á los conventos que hay en Madrid.

(Se oyen dos ó tres detonaciones de arma de fuego por la parte del jardin y crece el resplandor del incendio.)

¡Mirad! ¡oid!
Esa es la casa de Calomarde,
dentro el ministro dicen que arde,
que arde, que arde.

TODOS. Que arde, que arde, que arde, que arde.

ANDRES. Que está á estas horas hecho un toston,
que con él se hallan ¡oh! desventura!
cuatro canónigos y Chaperon.

TODOS. Hecho toston.

SERVILIANO. Salvar debemos á don Tadeo.

MANOLAS, y FRANCESES. Salvar debemos á Chaperon,
pues si ellos mueren, perdidos veo
á los que rigen con el garrote
la situacion.

DIEGO, ANDRES y CONJURADOS. Es oportuna la estratagema,
nadie se muere, nadie se quema,
todo es mentira, pura ficcion,
pero busquemos ántes que vuelvan
la salvacion.

(La ronda, las manolas, y las señoras, se dirigen hácia el foro. El Marqués abre una puerta, y hace señas para que le sigan á D. Diego, Andrés, María, conjurados y franceses, de modo que todas las figuras que se hallan en la escena se dividen en dos grupos, uno se dirige al foro, otro hácia la primera puerta derecha del proscenio.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO SEXTO.

Patio de una venta en las cercanías de Algeciras. Al fondo un ancho portalon que da paso al campo. En último término país quebrado.

ESCENA PRIMERA.

POSADERO, MAURO, CORO DE CONTRABANDISTAS, MARINEROS y MOZAS DE LA VENTA.

MUSICA.

CORO DE MUJERES. Para saber si un mocito
tiene el alma bien templá,
ha de ser contrabandista
del campo de Gibraltar.

HOMBRES. ¡Ay! cuántos rigores
nos causa el resguardo,
se arriesga la vida
por salvar un fardo

Tan pronto por tierra,
tan pronto por mar...

CORO GENERAL. ¡Qué vida tan perra
contrabandear!

MUJERES. Mientras el resguardo duerme
en las horas de calor,
el que es buen contrabandista
aprovecha la ocasion.

HOMBRES. Dicen que esta noche
playas y senderos
se encontrarán libres
de carabineros;
no habrá compromiso
ni en tierra ni en mar...

CORO GENERAL. Pues hoy es preciso
contrabandear.

(Mauro llena los vasos. Entran por el foro Andrés y María, ésta vestida de estudiante, D. Andrés con una maleta y un paraguas. Sigue la música.)

ESCENA II.

DICHOS, D. ANDRÉS, MARÍA vestida de estudiante.

MUSICA.

ANDRÉS. (¡Uf! Cuánta gente!...)
(Dios nos ampare!)

MARÍA. (Disimulemos,
piensa en mi padre.)

(María avanza con resolucion, se coloca en medio de todos, se quita el tricornio y saluda con desembarazo.)

¡Muy buenos dias!

CORO. Lindo estudiante. (Las mujeres rodeándole.)

MARÍA. Quiero un buen cuarto
donde hospedarme,
libre de bichos

que chupen sangre.

MUJERES. Con ese rostro,
con ese talle,
¡quién fuera bicho
para picarle!

HOMBRES. De dónde viene
el estudiante?...

MARIA. De las orillas
del Manzanares.

CORO GENERAL. Pues que viene de la córte
el estudiante gentil,
cuéntenos lo que sucede
en la villa de Madrid.

MARIA. En Madrid goza la gente
de dulce paz octaviana,
sin pensar en el presente
y soñando en el mañana.
Es la moda que allí priva de París,
el idioma que allí hablamos el francés,
los ministros que gobiernan el país
lo hacen todo por rutina del revés.
En política nos manda Chaperon,
y causamos á la Europa admiracion.

CORO. ¡Ah! ¡Pues si manda Chaperon,
cartuchera en el cañon!!!

MARIA. De Hacienda el ministro nuevo
causa á la nacion estrago.
Dice á los franceses pago
y á los españoles debo.
Los que tienen por el mango la sarten
aseguran que el gobierno es celestial;
ellos dicen porque comen que va bien,
y es lo cierto que la cosa va muy mal.
Es el alma del cotarro Chaperon,
y causamos á la Europa admiracion.

CORO. ¡Ah! Pues si manda Chaperon,
cartuchera en el cañon.

HABLADO.

POSAD. Basta de jaleo; cada mochuelo á su olivo.

MARIA. Posadero, necesitamos un cuarto con vistas al mar.

POSAD. Este será bueno... Ven, Mariblanca. (Entran en el cuarto último seguido de la criada.)

MAURO. (Á los marineros y contrabandistas.) Hoy es el dia tres de Agosto... que cada cual ocupe su sitio sin apartar los ojos del peñon de Gibraltar, pues por allí han de venir las brisas purificadoras de la libertad. (Se van todos, ménos Mauro y cuatro marineros; se sientan en una mesa y hablan en voz baja.)

MARIA. ¡Oh! Mi buen Andrés! No puedes pensarte la alegría que siento... El mar á dos pasos de nosotros!... Es decir, la salvacion, la libertad...

ANDRES. Prudencia, que aún tenemos la horca suspendida sobre la cabeza.

MARIA. Dios nos protege!

ANDRES. Nos hallamos cerca de Algeciras, es decir, en la frontera de Gibraltar. Aquí se ejerce una gran vigilancia. Hasta Córdoba todo fué bien. Don Diego y sus amigos, confundidos en las filas de un batallon francés, nada tuvieron que temer; pero en Córdoba dejaron el uniforme y comenzaron de nuevo los peligros.

MARIA. Te complaces en asustarme.

ANDRES. La experiencia hace á los hombres precavidos. La noche que nos salvamos en Madrid, gracias á la falsa alarma dispuesta por el generoso marqués de Rodillac, la ronda de Chaperon viéndose burlada juró perseguirnos de muerte. Los serviles son tercos como los mulos.

MARIA. Pero nos hallamos en Andalucía, bajo este hermoso cielo tuvo siempre su cuna la libertad. Sobre estas alegres playas la esperanza renace y los labios pueden sin temor pronunciar esta consoladora palabra ¡soy libre!

ANDRES. Pobre, hija mia: tú ignoras que la feroz reaccion que hoy nos domina nos hace retroceder trescientos años en

el camino de la ilustracion y el progreso. Veinte mil liberales gimen en la emigracion, y otros tantos se pudren en los presidios ó han terminado sus dias en la horca. De que servirían, tu candor y mi honradez si cayésemos en las manos de nuestros salvajes perseguidores... de nada. Seamos prudentes y precavidos y dispongámoslo todo para salvar á don Diego y sus compañeros.

MARIA. Lo que importa es encontrar á ese marinero, á ese patron del falucho *Saeta*.

ANDRES. Aquí tengo las señas. (Saca un papel.) Se llama Mauro, estatura regular, fornido de espaldas. Conoce á todos los emigaados de Gibraltar, es buen liberal.

MARIA. Mira allí, veo cuatro marineros, tal vez le conozcan, acércate, háblales...

ANDRES. Un poco de calma.

MARIA. Me devora la inquietud. Esta noche debemos tenerlo todo dispuesto, pero... si no viniera!...

ANDRES. La última vez que le vimos hace dos dias, nos aseguró que podíamos adelantarnos hasta esta venta. Nadie habrá sospechado... Ademas no es fácil que le reconozcan en medio de una caravana de gitanos. Suerte y no poca ha sido encontrar á esa pobre gente que se encaminaba á la feria de Algeciras: afortunadamente nosotros no estamos fuera de la ley y podemos caminar delante preparándolo todo para la fuga.

MARIA. Con qué placer hubiera acampañado á mi padre. Ni mis súplicas ni mis caricias han podido convencerle. Se empeñó en que viajara una jornada delante...

ANDRES. Esa fué una medida prudente.

MARIA. La buena Micaela no quiso acompañarnos; ¿qué habrá sido de ella?

ANDRES. Tiene buenos amigos en la córte y además todos saben que es realista de pura sangre.

ESCENA III.

DICHOS y el POSADERO.

POSAD. Ya está el cuarto listo.

ANDRES ¡Ah! Posadero, nuestros estómagos se hallan desfallecidos.

POSAD. Pues pidan ustedes por esas bocas.

ANDRES. Unas sopas con huevos, una gallina asada, pan, vino; prontito eh?

POSAD. Les diré á ustedes, hoy en esta venta no se come otra cosa que carnero guisado.

ANDRES. ¡Cómo! No tiene usted gallinas, no hay en la venta huevos?

POSAD. Pues no ha de haber.

ANDRES. Entónces no me explico...

POSAD. Hoy no se come aquí más que carnero guisado.

ANDRES. Pero señor mio, estoy en mi derecho pidiendo lo que guste y usted estará en el suyo, haciéndome pagar lo que sea justo.

MARIA. Déjale, Andrés, déjale.

ANDRES. Es una cuestion de honra convencer á este hotentote. Vamos á ver, ¿no hay en la casa huevos?

POSAD. Si señor.

ANDRES. Hay gallinas?

POSAD. Si señor.

ANDRES. ¿Cuánto cuesta un par de huevos?

POSAD. Cuatro cuartos.

ANDRES. Ponga usted doce. ¿Cuánto vale una gallina?

POSAD. Ocho reales.

ANDRES. Ponga usted diez y seis; pero yo quiero unas sopas con huevos y una gallina asada.

POSAD. Pues yo le digo á usted que no hay más que carnero guisado, porque sobró ántes de ayer y me he jurado á mí mismo que se lo han de comer los viajeros que paren

en la venta. Conque, una de dos, ó se comen us tedes el carnero ó se acuestan sin cenar.

ANDRES. Amigo mio, convencido de la ineficacia de mi oratoria, le agradecería que me librara de su presencia.

MARIA. Si resucitara Cervantes encontraría las ventas de España lo mismo que las dejó.

ANDRES. Hija mia, mientras nos gobiernen los serviles tendremos venteros de esta ralea. (El Posadero saca de un armario un cuaderno y tintero.)

POSAD. Como aquí vivimos en la frontera de *Ingalaterra* y los negros andan siempre rondando por estas playas, el corregidor de Algeciras quiere saber los nombres, pelos y señales de todos los que entran y salen en las ventas.

ANDRES. Es muy justo.

POSAD. Su nombre de usted?... (Coge una pluma.)

ANDRES. Andrés Martinez.

POSAD. Oficio?

ANDRES. Preceptor.

POSAD. Y qué es eso?

ANDRES. Maestro de escuela.

POSAD. Aunque no hubiera uno maldita la falta que hacen, la mayor parte de ellos son negros, y se perdería poco haciéndoles bailar una zarabanda en la horca.

ANDRES. (¡Qué bárbaro!)

MARIA. (¡Prudencia!)

POSAD. Usted sera realista.

ANDRES. Mas que Riego. (Dando un grito y luégo una palmada en la boca.)

POSAD. Cómo?

ANDRES. Sí señor, muy realista, pero mucho.

POSAD. Es hijo de usted ese mocito?

ANDRES. Es hijo de su padre. (No sé lo que me digo.)

POSAD. No tiene padre?

ANDRES. No señor.

POSAD. Ah, vamos, es un hijo sobre natural.

ANDRES. (Este hombre es un cafre.)

POSAD. Estamos despachados.

ANDRES. Qué habrá escrito en el libro!

MARIA. Qué nos importa? (El Posadero se va puerta foro.)

ANDRES. Es verdad, voy á ver si alguno de esos marineros conoce nuestro hombre. (Andrés se acerca á la mesa y mira á los marineros con fijeza.)

MAURO. Por qué nos mirará de ese modo? Si fuese un espía... Todo debe temerse en estos tiempos.

ANDRES. Son las mismas señas que me ha dado don Diego; Dios quiera que no lo echemos á perder. (Andrés da una vuelta en derredor de la mesa mirando á los marineros. Mauro le mira con marcadas muestras de desconfianza y dice en voz baja á los que le rodean:)

MAURO. Esperadme en el falucho, es preciso que yo sepa si ese hombre es un hermano ó un enemigo. (Los marineros se marchan foro.)

ANDRES. (Se queda solo; buena señal.) Dispense usted, amigo, si me tomo la libertad de dirigirle una pregunta.

MAURO. Me tiene usted á sus órdenes.

ANDRES. Conoce usted al patron del falucho *Saeta*?

MAURO. Á Mauro?

ANDRES. Ese es su nombre.

MAURO. Sí, le conozco.

ANDRES. Y dónde podré verle?

MAURO. Le tiene usted delante.

ANDRES. Es usted? (Con alegría.)

MAURO. El mismo en cuerpo y alma.

MARIA. ¡Ah! bendito sea Dios, nos hemos salvado.

ANDRES. Necesitamos un falucho que se haga á la vela. (Desde este momento la escena debe llevarse rápida y con gran interés, pero sin levantar la voz.)

MAURO. Qué rumbo?

MARIA. Gibraltar.

MAURO. Supongo que traerán ustedes los papeles en regla?

MARIA. Creo que bastará éste para que nos admita usted á bordo. (Dándole un papel que él lee.)

MAURO. Bastaría y sobraría si yo viese al que lo ha firmado.
ANDRES. Aquí estará ántes que el sol decline.
MAURO. Solo?
MARIA. Le acompañan algunos amigos.
MAURO. Y quieren hacerse á la vela esta misma noche?
MARIA. Sí.
MAURO. Será difícil. (Sale el Posadero y se pasea por el foro dirigiendo miradas recelosas.) Porque esta noche habrá marejada en la costa.
MARIA. (Podemos contar con el falucho para esta noche?)
MAURO. (Enfrente de la venta hay una vereda que conduce al mar, á las once me hallaré esperando al fin de esa vereda.)
MARIA. (No faltaremos.)[1]
ANDRES. (Es usted nuestra providencia.)
MAURO. (Bah! Cumplo con mi deber; yo soy buen amigo de los emigrados de Gibraltar.)
MARIA. (No olvidaremos tan gran servicio.)
MAURO. (El posadero es un servil redomado, desconfien ustedes de él. Volveré... (Sale por la puerta del foro.)
POSAD. La del humo.
MARIA. Qué fortuna tan grande haber encontrado á ese hombre! (Demostrando inmensa alegría.)
ANDRES. Modera tu alegría.
MARIA. Siempre te complaces en ver las cosas por el lado más negro.
ANDRES. Es que la experiencia carga á la vejez de tintas oscuras. (Se oyen en el camino grandes voces. El Posadero se dirige á la puerta. Una voz fuera.)
DIEGO. (Fuera.) Que se cuenten las bestias. Soltarlas en el prado hasta que coman.
POSAD. Gitanos? Mala langosta, Mariblanca, mucho cuidado con las gallinas.
MARIA. ¡Andrés, Andrés, son ellos, he reconocido la voz de mi padre!
ANDRES. Prudencia y cuidado con dirigirle la palabra hasta que él lo indique.

MARIA. Desde aquí al ménos podré verle y esperar sus órdenes. (María y Andrés se colocan á la izquierda. Entran por el foru con gran algazara D. Diego y el Coro de gitanos y gitanas.)

ESCENA IV.

DICHOS, D. DIEGO con traje de gitano, CORO DE GITANOS y GITANAS.

MUSICA.

CORO.
El mundo corrémos
tratando animales
y algunos vendemos
por veinte reales.
Y aun hay quien malicia
que la han de engañar,
con cuanta injusticia
nos suelen tratar.

(D. Diego, que habrá dirigido una mirada de inteligencia á su hija, se adelanta con la sonrisa en los labios.)

DIEGO.
Si quiere el lindo estudiante
saber la buena ventura
tienda la mano delante
de este cura.

MARIA. (¡Padre!) (Acercándose con temor.)

DIEGO. (Deteniéndola. (¡Silencio!
Calma tu afan.)

ANDRES. (Yo tengo un miedo (Sin atreverse á mirarles.)
fenomenal.)

MARIA. Esía es mi mano.

(Con resolucion tiende la mano derecha delante de su padre.)

DIEGO. Pues venga acá.

CORO. Dios te de suerte (Rodeándoles.)
lindo chaval.

DIEGO.
Claro me dice esta raya
marcada aquí con vigor,
que te guían á esta playa
la esperanza y el amor.

MARIA. Veo que lee el gitano
causándome admiracion,
por las rayas de mi mano
lo que siente el corazon.

ANDRES. Aunque el miedo es vicio feo,
segun afirma Platon,
yo por todas partes veo
las horcas de Chaperon.

CORO. De gitanos disfrazados
buscan hoy la salvacion
unos cuantos diputados
de la española nacion.

DIEGO. Yo sé que tu esperanza
está en el mar,
porque del mar esperas
la libertad;
responde á mi pregunta
sin timidez,
cuando llegue la noche,
qué vas hacer.

CORO. Besponde á la pregunta
sin timidez,
cuando llegue la noche.
qué vas hacer?

MARIA. Del mar junto á la orilla
se mece una barquilla,
su proa se cimbrea
con rumbo á Gibraltar:
cuando la luz febea
oculte sus fulgores,
mis penas, mis temores
disipará la mar.
Ven, favorable brisa
á hinchar la blanca vela,
corta la mar sumisa,
¡vuela, barquilla, vuela!

CORO. Ven, favorable brisa,

á hinchar la blanca vela,
corta la mar sumisa,
¡vuela, barquilla, vuela!

MARIA. De mi bajel querido
quiero formar un nido.
de amor y de ventura
donde calmar mi afan.
Ven pronto, noche oscura,
que penas y pesares
son ondas de los mares
que vienen y se van.
Ven, favorable brisa
á hinchar la blanca vela,
corta la mar sumisa,
¡vuela, barquilla, vuela!

CORO. Ven, favorable brisa,
á hinchar la blanca vela,
corta la mar sumisa,
¡vuela, barquilla, vuela!

(Terminada esta barquerola, se oye en la puerta del foro un redoble de tambores, los gitanos se abren en dos grupos como aterrados, dejando libre la puerta, en donde aparecen D. Serviliano, D. Rufo y Fray Bartolo, el Posadero y alguuos realistas: D. Serviliano blandiendo un sable en la mano derecha y una pistola en la izquierda, se adelanta y dice mirando furiosamente á derecha é izquierda.)

SERVILIANO. Yo represento á la ley,
obedezco á Chaperon,
y queda en nombre del Rey
confiscado este meson.

(Un golpe seco de la orquesta.)

ESCENA V.

D. DIEGO, MARÍA, ANDRÉS, SERVILIANO, FRAY BARTOLO, RUFO, POSADERO, GITANOS, VOLUNTARIOS REALISTAS: poco despues MAURO.

HABLADO.

MARIA. (¡Perdidos cuando les creía libres!)
ANDRES. (¡Llegó nuestra última hora!...)
DIEGO. (No perdamos la serenidad.) (Serviliano permanece en medio del teatro, dirigiendo miradas en derredor y dando golpes con el sable: á su lado, Fray Bartolo y Rufo: los realistas tienen las armas preparadas. Pausa.)
SERV. Conque gitanos? Me parece bien! En cuanto uno de estos haga el menor movimiento, ¡fuego!
RUFO. Y apuntad á la cabeza.
FR. BAR. Sí, para que no padezcan los pobrecitos.
SERV. Usted, señor don Rufo, quería que regresáramos á Madrid, y Fray Bartolo se empeña en continuar la recoleccion para su convento. «No los cogeremos,» me decía. Y yo, erre que erre, siguiéndolos la pista. Aquí los tenemos. Un gitano los ha denunciado.
RUFO. Era un buen realista.
DIEGO. Y se puede saber lo que sus mercedes quieren de nosotros? (Con resolucion.)
SERV. Ahorcaros.
DIEGO. No es mucho.
RUFO. No puede ser ménos.
FR. BAR. Cúmplase la voluntad del Señor.
MARIA. (Discurre algó para salvarlos.)
ANDRES. (¡Discurrir cuando tengo una horca montada sobre la nariz!)
SERV. Usted, Fray Bartolo, los ayudará en su última hora: que aunque sean negros, bueno es que tengan un fraile á su lado.
FR. BAR. Cúmplase la voluntad del Señor.

SERV. Vamos á ver. Entre vosotros se hallan don Diego de Lara y cuatro diputadillos más; cinco negros que necesita el verdugo, y que yo me he encargado de proporcionárselos. Se escaparon de mis garras una noche, y lo que es ahora espero que no sucederá lo mismo.

DIEGO. Veo que su merced nos hace mucha honra al confundirnos con cinco diputados de la nacion.

SERV. Ménos charla. Que se presenten los que busco ó mando fusilar á toda la cuadrilla.

RUFO. Y aún es poco. (Mauro entra por la puerta del foro y va á colocarse al lado de María.)

FR. BAR. Resignacion, hermanos, pues la muerte es el principio de la vida.

DIEGO. (Jamás comprometeré á esta pobre gente.)

MARIA. (Si yo pudiera salvarles á costa de mi vida!)

MAURO. (Á María.) Si te inspiro confianza, no te muevas y calla.

MARIA. (¡Mauro!)

MAURO. (Silencio, niño, que aún podemos salvarles.)

SERV. ¿Qué habeis resuelto? (Á los Gitanos.)

DIEGO. (Adelantándose con resolucion.) Decir la verdad. Yo soy Diego de Lara. ¡Herid! ¡Matad! Teneis la ignorancia en el cráneo y el feroz instinto de las hienas en el corazon. Despedazadme... ese es vuestro oficio; pero no olvideis que por cada gota de sangre que derrama el hombre libre por la santa causa del progreso, brota una hoja en el árbol de la libertad. Vosotros sois la sombra; nosotros la luz; vuestra mirada está fija en el pasado; la nuestra en el porvenir. El dia se acerca en que el soplo de fuego del huracan revolucionario os borra del suelo de la patria, que hoy gime bajo el peso de vuestras odiosas cadenas. Compañeros, (Á los Gitanos.) la muerte es preferible á la esclavitud. ¡Á morir! ¡Viva la libertad!

GITANOS. (Con entusiasmo.) ¡Viva! (Cinco Gitanos se adelantan del grupo y uno dice:)

UNO. Prendednos á nosotros tambien.

SERV. Enhorabuena; amarradlos.

RUFO. De eso me encargo yo. (Los atan fuertemente. D. Serviliano dirige miradas de satisfaccion en deredor suyo, y reparando en D. Andrés se acerca á él poco á poc o hasta cogerle por una oreja.)

SERV. Buenas tardes, amigo.

ANDRES. ¡Vivan las cadenas! (Estremeciéndose.)

SERV. Y que no tenía yo pocas ganas de encontrarte. ¿Conque Chaperon, Calomarde y cuatro canónigos se asaban vivos? Á tí sí que voy á quemarte vivo ántes de mucho.

RUFO. Y aún es poco.

ANDRES. ¡Misericordia divina! (Temblando.)

SERV. Amarrad á este tambien. Y en marcha.

DIEGO. Dios velará por nosotros. (Mirando á María.)

MARIA. (Están perdidos!)

MAURO. (Ó salvados. ¡Quién sabe!) (Cogiéndola por un brazo.)

ANDRES. Pero, señores, esto es un atropello. Yo soy más realista que Coletilla.

SERV. Ponedle una mordaza y en marcha. (Los realistas empujan á los prisioneros hácia la puerta del foro, por donde salen por fin. María quiere seguirles, pero Mauro la detiene con fuerza.)

MARIA. (Á Mauro.) ¡Déjame!... quiero seguirle... quiero morir con él!

MAURO. Pobre niño... Morir... eso es lo último; sígueme y confía en mí.

MARIA. Pero adónde vamos?

MAURO. Olvidas que te hallas en Andalucía! Vamos á buscar la libertad de tu padre... y tal vez la de la patria.

MARIA. Bendito seas tú si consigues lo que dices... Corramos, corramos! (Desaparecen por el foro.)

CUADRO SÉTIMO.

MUTACION.

Gruta natural formada en las concavidades de un monte. Al fondo un boquete, á través del cual se ve el mar iluminado por la luna, formando contraste la claridad del último término con la oscuridad del primero. Durante algunos minutos permanece la escena sola y toca la orquesta un preludio. Luégo se oye á lo lejos, por la parte del mar, un coro de voces solas.

MUSICA.

CORO. (Lejano.) Duerme el marino
que no recela;
pasa el que teme
la noche en vela.
Velemos, velemos,
que el pérfido mar
su calma serena
en noche de muerte
de luto y de pena
pudiera trocar.

(Por la parte del mar llega un falucho que atraca en el boquete de la gruta: desembarcan algunos oficiales del ejército español; avanzan con recelo.)

CORO. (En la escena.) ¡Ah de la gruta!
CORO. (Dentro.) Quién va!
CORO. (En la escena.) Hombres que buscan
la libertad.
CORO. (Dentro.) De dónde vienen?
CORO. (En la escena.) De Gibraltar.

CORO. (Dentro.) Quién les conduce?
CORO. (En la escena.) Valdés.
CORO. (Dentro.) Pasad.

(Salen por ambos lados del escenario algunos conjurados d uniforme, otros de levita, etc., etc.; se unen con los que vienen por el mar.)

CORO GENERAL. De la patria el doliente gemido
á nosotros llegó;
el leon que callaba dormido
despertóse y rugió;
mientras libre la sangre en las venas
sintamos latir,
compañeros, romped las cadenas,
vencer ó morir.

(Se dirigen al foro y se presentan Mauro y María.)

ESCENA VI.

DICHOS, MARÍA y MAURO.

HABLADO.

MAURO. Salud, hermanos.

CONJS. ¡Mauro!

UNO. Quién es ese jóven que te acompaña?

MARIA. La sangre de los libres circula por mis venas. Si os habeis reunido aquí para romper el cetro de hierro del despotismo, prestadme vuestra ayuda: Mauro me lo ha revelado todo. El valiente coronel Valdés desembarcará esta noche en estas costas; la guarnicion de Tarifa le abrirá las puertas y las playas andaluzas serán como siempre cuna de la libertad. Muy cerca de vosotros cinco víctimas del fanatismo se hallan luchando entre la vida y la muerte; una de ellas es mi padre. Formó parte del gobierno de Cádiz. Si habeis hecho el sacrificio de vuestras vidas en aras de la libertad, salvadle. Si vuestros corazones laten al grito de Constitucion ó

muerte, seguidme. El que vive esclavo ¡entre ¡cadenas pudiendo romperlas, es indigno de llamarse hombre.

TODOS. Á salvadle! ¡á salvadle!

MAURO. Seguidme, yo os guiaré.

MARIA. ¡Dios mio! ¡que no lleguemos tarde!

UNO. Viva la Constitucion.

TODOS. ¡Viva!

MAURO. Viva la libertad!

TODOS. Viva!

MARIT. Alienta, esperanza. (Salen precipitadamente por el foro.)

CUADRO FINAL.

MUTACION.

Playa en las inmediaciones de Algeciras. El mar sereno y trasparente brilla como un lago, iluminado por la luna. El horizonte del hermoso cielo de Andalucía cierra el fondo. Un falucho con las velas plegadas se halla en la orilla. Sentado en el banquillo de popa duerme un marinero. Á la derecha, recostado sobre unas rocas, D. Diego. D. Andrés y los cuatro Gitanos. Dos realistas hacen centinela. Á la izquierda, sentados sobre tres tambores y teniendo otro en medio que le sirve de mesa, están Serviliano, Rufo y Fray Bartolo comiendo. Los realistas duermen al pie de los fusiles, que aparecen formados en pabellones.

ESCENA VII.

D. DIEGO, ANDRÉS, SERVILIANO, RUFO, BARTOLO, VOLUNTARIOS REALISTAS y PRISIONEROS.

BART. Lo brisa del mar abre el apetito.

SERV. Qué cielo tan hermoso el de Andalucía!

BART. Lo que más me gusta de A ndalucía es la manzanilla.
RUFO. Gran vino á las diez de la mañana.
BART. No, no, y á las doce tambien. Pero digan, hermanos, ¿no les daremos nada que comer á esos infieles?
SERV. Para lo que han de vivir, qué falta les hace comer?
RUFO. ¡Que ayunen!
BART. En fin, digamos amen!
ANDRES. No es posible que un cristiano oiga con resignacion á estos salvajes.
DIEGO. ¡Pobre Andrés!
ANDRES. ¡Ay! señor don Diego... mi madre no sospechó nunca el fin que le estaba reservado al hijo de sus entrañas.
DIEGO. Tranquilízate y sírvate de consuelo el saber que nuestros nombres se escribirán en el gran libro de los mártires.
BART. Ha resuelto usted ya lo que se va á hacer con esos negros?
SERV. Fusilarles á la salida del sol y santas pascuas.
RUFO. Aún es poco.
BART. Cúmplase la voluntad del Señor.
SERV. Están sentenciados á muerte, ¿para qué hemos de gastar tiempo y comestibles llevándolos á Madrid?
BART. Mirado bajo cierto punto de vista no le falta á usted razon.
RUFO. Le sobra por encima de la cabeza.
ANDRES. Yo no he visto un salvajismo más superlativo que el de estos bárbaros.
BART. Vaya, con el permiso de ustedes, voy á ver si esos desgraciados tienen algun encargo que hacerme.
SERV. Pocas palabras.
RUFO. Con media sobra.
BART. Hermanitos, ¿cómo va ese ánimo?
DIECO. Padre, la muerte es una y la esperamos resignados.
BART. ¡Válgate Dios! pero hombre, por qué diantre se les ocurrió á ustedes ser liberales?
DIEGO. Para salvar á la raza humana de la vergüenza y las tinieblas con que pretende abrumarla el despotismo.

ANDRES. Diga, padre, les es á ustedes absolutamente indispensable fusilar á los seis?

BART. Hombre, creo que de eso se trata.

ANDRES. No se podían ustedes contentar con cinco? porque para el caso es igual.

BART. No lo sé.

ANDRES. Yo lo digo, porque si me fusilan van ustedes á tener remordimientos. Porque yo soy un realista de los más arrimados á la cola.

BART. Es un caso de duda y voy á consultarlo con mis compañeros. (Se oye á lo lejos el eco casi imperceptible del himno de Riego. Los prisioneros se incorporan y escuchan con ansiedad. Los realistas se miran con desconfianza haciendo un gesto de disgusto. Pausa.)

DIEGO. (Habeis oido?

VARIOS. Sí.

DIECO. Aún queda esperanza.)

SERV. Esa musiquita me suena mal.

RUFO. Yo prohibiría la música, no sirve para nada.

BART. Ya sé lo que es. Como en estas playas se ha cacareado tanto el himno de Riego, las olas del mar lo han aprendido y por la noche lo cantan para distraerse.

SERV. Ya verá usted cómo los andaluces meten la pata.

RUFO. Si meten la pata se les corta las piernas. (Cesa la música.)

ANDRES. (¡Ay! señor don Diego, ya no se oye el himno.)

DIEGO. Ten esperanza.

ANDRES. El que vive de esperanzas se muere de hambre.) (Se oye el himno pero más cerca.)

RUFO. Otra vez la musiquita?

SERV. Cuando le digo á usted que los andaluces meterán la pata.

BART. Y suena más cerca.

SERV. Me carga la música. (Pausa y uuevos gestos de asombro de los realistas.)

ANDRES, DIEGO y DIPUTADOS.

Trágala, trágala, trágala
tú, servilon, (En voz baja.)

tú que no quieres
constitucion.

SERV. ¡Hola, cantan el trágala! nos echan roncas! padre Bartolo, absuélvalos á todos de una vez, que van á morír.

ANDRES. Le prevengo á usted que mi confesion será larga, porque tengo las alforjas muy llenas.

SERV. Preparen las armas.

RUFO. Fuego sin preparar. (Se oyen gritos de Viva la libertad y la Constitucion.)

DIEGO. Por aquí, compañeros! ¡Viva la Constitucion!

DIPUT. ¡Viva!

RUFO. ¡Pillos!

SERV. Ya metieron la pata!

BART. Cúmplase la voluntad del Señor. (Salen precipitamente soldados y oficiales españoles. María y Mauro vienen entre ellos. Rodean á los realistas y los desarman. Mientras tanto D. Andrés se quita la cinta de Viva el Rey, y se pone otra que dice Constitucion ó muerte. María abraza á su padre, Mauro y algunos marineros les desatan.)

MARIA. Padre mio!

DIEGO. Por fin libres.

ANDRES. (Con gran alegría.) ¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitucion. (Se acerca saludando cómicamente á D. Serviliano.) Señor don Serviliano, participo á usted que se prohibe desde este momento cantar la Pitita, y en su lugar se cantará á todas horas el himno de Riego. Conque paciencia y trágala, perro.

MAURO. (Señalando á los realistas.) ¡Qué se hace con estos?

DIEGO. Dejarles en libertad para que cuenten en Madrid que las brisas del mar andaluz repiten el eco de Constitucion ó muerte. Compañeros, el hermoso sol de la libertad brilla sobre nuestras cabezas. La hora de la regeneracion ha comenzado; probemos á España que los hombres del progreso, al romper el cetro de hierro del despotismo, olvidan las mezquinas venganzas y tremolan la bandera de la humanidad y la civilizacion. Á Tarifa! Á Tarifa!

TODOS. Á Tarifa! (Aparece por el fondo derecha una banda militar seguida de muchos soldados, oficiales y gente del pueblo. Bajan al proscenio tocando el himno de Riego, la orquesta se une con la banda. Gran entusiasmo. De frente al público cantan todos una de las estrofas del himno de Riego y hacen luégo el desfile por delante del público dando vivas á la libertad.)

FIN DE LA ZARZUELA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

DRAMÁTICAS.

Sueños de amor y ambicion (drama).—Cuatro actos.
La córte del rey poeta (id.).—Cuatro actos.
Juan el Tullido (id.). Segunda edicion.—Tres actos.
El ángel malo (id.).—Cinco actos.
La muerte de Jesus (id. sacro).—Siete cuadros.
La hija de Fernan Gil (id.).—Tres actos.
Juan Diente (id.).—Cinco actos.
Herencia de lágrimas (id.).—Tres actos.
La dicha en el bien ajeno (id.).—Cuatro actos.
El cura de aldea (id.)—Octava edicion.—Tres actos.
La mala semilla (id.). Segunda edicion.—Tres actos.
El corazon en la mano (id.). Segunda edicion.—Cinco actos.
El maestro de hacer comedias (id.). Segunda edicion.—Tres actos.
Retratos y originales (comedia).—Tres actos.
El rey de bastos (id.). Segunda edicion.—Tres actos.
El movimiento contínuo (id.). Segunda edicion.—Tres actos.
Caricaturas (id.).—Tres actos.
Lo tuyo mio (id.).—Tres actos.
El músico de la murga (id.).—Tres actos.
Los extremos (id.).—Un acto.
Calamidades (id.).—Un acto.
Ver y no ver (id.).—Un acto.
¡Alumbra á tu víctima!... (id.).—Un acto.
El maestro de baile (id.). Cuarta edicion.—Un acto.
La mosquita muerta (id.). Cuarta edicion.—Un acto.
¡Sálvese el que pueda! (id.).—Un acto.
Gil Blas (zarzuela).—Tres actos (1).
El que siembra recoge (id.). Segunda edicion.—Un acto.
Cuarzo, pirita y alcohol (juguete lírico.—Un acto.
Las garras del diablo (idem, idem.).—Un acto.
Recuerdos de gloria (idem, idem.).—Un acto.
Géneros ultramarinos (idem, idem.).—Un acto.
¡Vivan las caenas! (zarzuela).—Tres actos (2).
La guerra santa (zarzuela).—Tres actos (3).

---

(1) Música del maestro D. José Manzacchi.
(2) Música de D. José Rogel.
(3) En colaboracion de D. Luis de Lara: música de D. Emílio Arrieta.

El Mártir del Gólgota (tradiciones). Cuarta edicion.—Dos tomos.

El cura de aldea (novela). Quinta edicion.—Dos tomos.

La caridad cristiana (id.). Tercera edicion. — Dos tomos.

El corazon en la mano (id.). Tercera edicion. —Dos tomos.

El amor de los amores (id.). Segunda edicion.—Dos tomos.

El infierno de los celos (id.). —Dos tomos.

El manuscrito de una madre (id.).—Cuatro tomos.

La mujer adúltera (id.). Cuarta edicion.—Dos tomos.

El frac azul (id.). Tercera edicion.—Un tomo.

Las obras de misericordia (id.). Tercera edicion.—Tres tomos.

La calumnia (id.). Tercera edicion.—Dos tomos.

La esposa mártir (id.). Segunda edicion.—Dos tomos.

La envidia (id.). Segunda edicion.—Dos tomos.

Los hijos de la fe (id.). Segunda edicion.—Dos tomos.

Los ángelrs de la tierra (id.). Segunda edicion.—Dos tomos.

La perdicion de la mujer (id.). Segunda edicion.—Dos tomos.

Los matrimonios del diablo (id.).—Dos tomos.

El pan de los pobres (id.).—Dos tomos.

Escenas de la vida (coleccion de novelas.—Tres tomos.

Los desgraciados (coleccion de novelas.—Dos tomos.

Los que rien y los que lloran (id.).—Dos tomos.

El ángel de la guarda (id.). —Dos tomos.

La comedia del amor (id.).—Dos tomos. (En prensa.)

La promesa sagrada (id.).—Dos tomos.

El libro de Job (id.).— Dos tomos.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Curarse de mal de suegra............	2	M. Vallejo.........	Todo.
El gato negro.........................	2	José Marco.........	»
La filoxera del poder.................	2	Mariano Chacel.....	»
La locura contagiosa.................	2	E. Zamora y Caballero	»
Algunas veces aquí..................	3	José Echegaray.....	»
Contra viento y marea...............	3	M. Echegaray.......	»
Correr en pos de un ideal...........	3	D. José Echegaray.....	»
Cuenca por Alfonso VIII..............	3	R. Borlado..........	»
El Doctor Diógenes..................	3	J. Zorrilla y Pacheco.	»
El yerno del señor Manzano..........	3	Sres. E. Carbou y J. Martin y Santiago....	»
Grandezas Humanas..................	3	D. J. A. Cavestany.....	»
La primera en la frente..............	3	Luis Pacheco.......	»
Theudis............................	3	J. Sanchez de Castro.	»

ZARZUELAS.

onsuelo... de tontos................	1	Sres. Granés y Varios...	L.
ontra ira paciencia.................	1	D. Federico de Olona..	L.
udas y celos.......................	1	C Navarro.........	L. y M.
l salto del Gallego..................	1	Sres. Granés, Navarro y Nieto...............	L. y M.
as ferias............................	1	Sres. Barranco, Ossorio, y Bernard.......	L. y M.
os dos cazadores....................	1	D. G. Cereceda........	M.
os duelos con pan son menos.	1	Sres. Fovedano, Granés, y Prieto.	L. y M.
ernera, 7, 3.º.......................	1	Sres. Navarro y Cuartero	L.
l hijo de la bruja.	3	D. Emilio Álvarez.....	L.
uana, Juanita y Juanilla.............	3	Emilio Alvarez.....	L.
a banda del Rey.....................	3	Sres. Álvarez y Caballero..........	L. y 1/2 M.
obre ascuas.........................	3	D. Emilio Álvarez......	L.
¡Vivan las caenas!..	3	E. Perez Escrich....	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, números 18 y 20.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.